

El día anterior

Aunque el alba comenzaba a despuntar en aquellos instantes, yo ya estaba dando los últimos retoques al equipo de viaje (mapa, brújula, comida y demás), comprobando que todo ello estuviese en su lugar correspondiente en la mochila. Levanté la vista hacia la ventana y observé con gratitud, a la vez que somnolencia, los tonos morados y dorados en los que se bañaba el cielo en ese momento tan efímero. Eran las seis de la mañana.

Aquella excursión estaba planeada desde hacía una semana. Y hacía una semana exacta que mis amigos y yo vimos El proyecto de la bruja de Blair. En aquel momento nos inquietó la idea de aventurarnos en un robledal cercano, a las afueras de Madrid. Es más, aunque ninguno quisimos admitirlo, en aquel momento no nos hubiésemos movido del sofá, pues el horror de que en la oscuridad del pasillo fuésemos acechados por algo maligno se nos hacía tan real como el agua fría por la mañana. Pero una vez vimos la película, Marcos fue el primero en proponerlo.

—¿Os atrevéis a acampar una o dos noches? —propuso con ese tonillo desafiante que siempre mete en problemas.

Todos aceptamos el reto. Casi al instante, pues la intranquilidad nos estrangulaba con fiereza. Ojalá no hubiese sido así.

Tras ver que todo estaba en orden, dejé la mochila apoyada contra la puerta y me dirigí a la cocina para beber un trago de refresco antes de bajar a la calle. En la nevera había un montón de letras imantadas formando la frase *There is a light that never goes out*. La canción nunca me gustó, pero la frase inspiraba confianza, seguridad. Una seguridad que nos hubiese hecho gran falta.

Alargué el brazo hasta el fondo de la nevera y saqué una botella de Coca Cola medio llena que, debido al tiempo que llevaba allí, el gas que había contenido no

sería más que un recuerdo. Cerré la nevera con ímpetu mientras desenroscaba el tapón y, antes de que diese el primer trago, algo sonó a mis espaldas.

Gran parte de los imanes se había desprendido con el portazo, lo cual no me extrañó tampoco. Pero una suma inquietud me recorrió el cuerpo disfrazada de confusión cuando vi que otra frase formaban las letras que aún se mantenían adheridas a la puerta: *never go*.

Traté de no darle mayor importancia al suceso mientras esperaba a los demás a unos metros del portal. Tampoco creí que tuviera importancia alguna. Había cerrado la puerta de la nevera más fuerte de lo normal, varias letras se habían caído, ¿qué tenía eso de raro? Por suerte, el frío de la mañana me aliviaba de cualquier preocupación. Parecían mil dagas ocultas en el viento que rozaban mi rostro sin llegar a dañarlo.

Al cabo de unos diez minutos, el coche de Samuel (un Seat de hacía ocho años con más defectos que kilómetros) aparcó delante de mí con estrépito, subiendo un par de ruedas a la acera. Metí la mochila dentro del maletero y entré en el coche. En los asientos delanteros estaban Marcos y Samuel, quien por primera vez hacía de copiloto en su propio coche. En los traseros charlaban amenas Lucía y Andrea. Los cuatro me saludaron y las chicas hicieron un hueco en los asientos traseros para que pudiera sentarme.

—¿Has cogido el mapa y tal? —preguntó Samuel mirándome desde el retrovisor.

—Sí, mapa, brújula.

—¿Está muy lejos?

—A unos noventa kilómetros, más o menos —le contestó indiferente a Lucía.

Tras un par de reiteradas preguntas más respecto al equipaje, el coche se puso en marcha sumándose al escaso pero notable tráfico de la mañana. Una mañana que aparentaba normalidad.

Cuando estábamos a medio camino, viajando por una llanura interrumpida por alguna que otra casa, aquel cielo amalgamado que hacía media hora observé con satisfacción se había convertido en una ominosa, gigantesca masa de nubes roñosas de gris tristón de las que emanaba una humedad casi moldeable. Solo transcurrieron cinco minutos hasta que las primeras gotas comenzaron a repicar en las lunas del coche.

—Vaya, esto va a ser un problema —comentó Andrea con cierta aprensión.

—Bueno, no tiene por qué. La tienda de campaña es impermeable. Además, las copas de los árboles harán de tejado.

Lucía bufó y Samuel la miró enojado.

—¿Qué pasa? —la espetó. —¿Qué tiene de malo un poco de lluvia? ¿Tienes miedo a que se estropee tu pelo de Barbie?

En ese momento, Marcos, viendo que el ambiente se caldeaba de manera peligrosa, trató de cambiar torpe de tema:

—Esta noche soñé algo extraño ¿sabéis? —todos, salvo yo, le miraron como si hubiese dicho una majadería. —No recuerdo muy bien cómo sucedía, pero me suena que todos estábamos en una especie de baile en una enorme sala dorada.

—¿Y? —preguntó Samuel.

—No sé, me resulta curioso.

—¿Íbamos vestidos de etiqueta y eso? —preguntó Lucía, quien captó qué trataba de hacer Marcos.

Él lo pensó unos instantes. Entornó los ojos como si quisiera vislumbrar algo que no alcanzaba a ver y dijo:

—Eso creo. No estoy seguro. Era bastante extraño.

—¿No me digas? —dijo Samuel, quien aún la rabia poseía parte de su ser. Aquella mañana no parecía estar de humor, y no porque Andrea hubiese visto algún obstáculo en la excursión. Llevaba una mala semana pero a ninguno nos había contado el motivo.

El resto del viaje se sucedió en un silencio áspero salvado por música que de vez en cuando se dignaba a sonar en la radio. En gran parte solo se escuchaban interferencias.

Aunque mantuvimos la esperanza de que aquella llovizna inesperada tornase a un sol resplandeciente como habíamos deseado, solo fue seguida por unos espeluznantes rayos que estallaban aquí y allá sin rumbo fijo y truenos que llegaban a ensordecer el sonido de las interferencias. A pesar de ello, ninguno hablamos del temporal, aunque confiábamos en que Samuel entrase en razón al llegar al robledal de que sería una estupidez tratar de acampar bajo la lluvia y sobre suelo embarrado.

Apenas a quince kilómetros del bosque, pudimos vislumbrar una gasolinera que, desde la distancia, no me dio la impresión de que estuviese abierta. Ni siquiera de que lo hubiese estado desde hacía no menos diez años.

—Igual haría falta llenar el depósito —comentó Marcos—. Le queda un cuarto más o menos.

—Eso es suficiente para ir y volver, créeme. Este trasto no chupa nada.

—Creo que Marcos tiene razón —repuse entonces—. No creo que sea bueno arriesgarse.

Samuel pareció airarse de nuevo, pues me miró con los ojos inyectados en sangre y su pecho denotaba una respiración agitada.

—¿De quién es el coche, eh? —me gritó—. ¿De quién es?

No dije nada. Ninguno dijimos nada. Pasamos de largo la gasolinera, pero tuve tiempo de ojearla fugaz. Estaba algo destartada y el interior de la tienda era inaccesible a la vista pues los cristales estaban ennegrecidos, como si hubiese ardido hacía tiempo. Pude ver, a su vez, a un hombre de unos sesenta o setenta años saludándome desde la puerta de la tienda. Mantenía una sonrisa siniestra en su rostro enjuto que hizo que un escalofrío me recorriese la espalda como una mano helada.

—¿Veis? —nos espetó Samuel—. Está abandonada.

—¿Abandonada? —murmuré con aprensión. Por suerte ni él ni los demás me oyeron. Solo me oí yo. Quizá solo le vi yo.

Cuando estábamos a punto de llegar al bosque, las tierras ya habían mudado su color a un verde oscurecido por la humedad de la lluvia, la cual, por sorpresa, había remitido por el momento. La carretera se bifurcaba en un sendero terroso, embarrado entonces, que conducía a la linde del robledal.

Éste era enorme, extendido hasta un lugar donde la vista se perdía, y los árboles, enormes y robustos, formaban una densa frondosidad apabullante.

Hasta ese punto, todo nos recordaba a la película: unos jóvenes curiosos que llegaban en coche hasta un bosque y se disponían a enfrentarse a él armados de mapa y brújula.

Marcos aparcó justo donde finalizaba el sendero. Aunque no quisimos admitirlo, las copas de los árboles eran abundantes y densas para formar un techo que impidiese el paso de la lluvia. Por ende, la luz que se filtraba entre las nubes se pugnaba por atravesar las innumerables hojas de incontables ramas, mas que en vano. Supuse que al atardecer tendríamos que escudriñar el suelo para no tropezarnos.

—¿Dónde está la lluvia, eh? —se burló Samuel.

—No empieces, anda —dijo Marcos—. Puede ponerse a llover en cualquier momento. Lo mejor será que no nos internemos mucho en el bosque por si acaso.

Dijo lo que los demás pensábamos. Era mejor no adentrarse demasiado. Pero yo no temía la lluvia, sino el laberinto que se ocultaba entre aquellos árboles idénticos. Aunque no era aquello lo que debía preocuparnos.

Sacamos las mochilas del maletero y comenzamos a andar sin una ruta marcada. Lo único que figuraba en el plan era caminar y caminar hasta que se sucedieran las horas y encontrásemos un lugar apacible en el que acampar. Visto así no parecía una grata excursión, y en ese momento tampoco, hasta que Marcos comenzó a comentar la película para que aquella caminata tomase a un cáliz más siniestro.

—¿Recordáis cuando encontraron aquellas figuras de paja colgadas de los árboles? —comenzó—. Ahí sí que me dio miedo. Imaginaos que hoy o mañana encontramos algo parecido.

—No digas eso, por Dios —dijo Lucía.

—No va a suceder. ¿Tú te imaginas que haya un fantasma en este bosque? ¿En un bosque de las afueras de Madrid? A mí me parece absurdo.

—Hombre, es absurdo, pero podría pasar. Solo lo comento para entrar en situación, si no venir aquí ha sido una chorrada.

Tras caminar un par de horas, tomamos un aperitivo cerca de un arroyo de aguas cristalinas que descendía desde la loma invisible de una montaña. Hasta el punto, aquello se iba asemejando a los sucesos de la película. Estuvimos allí varias horas más, hasta el mediodía podría decirse. El agua tenía una temperatura agradable a pesar del mal tiempo y un remojo nos hizo bien a todos para tratar de poner buena cara y disfrutar de la, por así decirlo, aventura.

Hacia la llegada de la noche ya habíamos encontrado un lugar espléndido para acampar. El suelo de aquel lugar estaba recubierto por hojarasca en la que predominaba un seco color marrón y la tienda de campaña permanecía guarecida bajo el cobijo de múltiples ramas. Y, según creíamos, llegaba la hora del miedo. Pero no fue así. La hora del terror no había llegado entonces, aunque solo restaban unas cuantas horas.

Como supuse, ver bajo el techado cielo de hojarasca comenzaba a convertirse en una tarea dificultosa. A través de las hojas se apreciaba la luz rojiza del sol que teñía en cobre los colores del mundo. Las nubes parecían haber retomado la calma de la mañana y todos, incluso Samuel, estábamos de mejor humor.

Mientras Marcos y yo montábamos la tienda, lamentándonos de no tener una de esas que se montan al instante —o al menos es así como las quieren vender—, los demás preparaban un cálido y hogareño fuego rodeado de grisáceas piedras del arroyo. Más tarde, hacia las diez u once de la noche, nos dispusimos en derredor de éste cenando y tratando de infundirnos miedo los unos a los otros.

—¿Sabéis la historia —comenzó Samuel— del espejo de Daniel Hoffmann?

Ninguno la conocíamos, por lo que negamos con la cabeza como alumnos en una clase incomprensible.

—Hace unos diez, doce años, un hombre sin boca apareció muerto en su cuarto de baño. Dicen que la sangre le emanaba a chorretones del lugar en el que debía de estar su corazón. El espejo estaba ensangrentado: miles de salpicaduras rojas. Ningún forense pudo darle explicación a su rostro carente de boca. Afirmaban que debió ser un asesinato pues estaban seguros de que alguien, de alguna forma brutal, le había arrancado el corazón de cuajo.

—Espera, ¿es esa historia en la que el reflejo...? —pregunté yo, pues aquella historia me sonaba, pero no el nombre que Samuel había inventado para ella.

—Sí, no lo cuentes —se apresuró a decir.

—Pero esa historia no se llama así. A mí me parece que la historia se conoce como “el extraño del espejo”.

Samuel me echó una mirada furibunda y después prosiguió con su narración.

—El caso es que el apartamento de Hoffmann fue revendido a un matrimonio jubilado. No recuerdo el nombre... los señores Morrison o algo del estilo. Según cuentan, la señora Morrison vio morir a su marido la primera noche tras la mudanza. Dicen que vio algo aterrador.

—¿El qué? —preguntó Marcos, que con su tono de voz quería denotar que aquella historia le adormecía en lugar de asustarlo.

—El señor Morrison estaba cepillándose los dientes. Cuando fue a enjuagarse frente al espejo, su reflejo se mantuvo erguido y sonriente mientras el anciano se agachaba para sorber el agua. En el instante en que éste se irguió de nuevo y contempló con terror su reflejo sonriente, una sonrisa espantosa, el anciano que había al otro lado del espejo le atravesó el pecho con su mano saliendo del cristal. Y no podía gritar porque el reflejo le había robado la sonrisa, aunque su mujer chilló hasta la saciedad.

Al concluir su historietita, aguardó en silencio unos instantes, observándonos inquisitiva buscando cualquier brizna de miedo en nuestros ojos. Mantuvo una sonrisa que se fue deshaciendo a medida que se dio cuenta de que el intento de acongojarnos había resultado en vano. Después bufó y se excusó diciendo:

—Bah, es que así contada... Seguro que en una película esa historia da más miedo.

—Yo conozco otra —comentó Andrea. —Me he acordado antes al ver la gasolinera abandonada.

—Bien, cuéntanos —dijo Marcos.

—Hace no más de cinco años sucedió un acontecimiento terrible. Solo se conoce mediante el testimonio del conductor de una grúa a quien habían destinado a la gasolinera en cuestión, pero, con el tiempo, la historia se ha ido completando. Quizás gran parte de la historia sea mentira pero el suceso de que aquel conductor la encontró quemada por dentro es verdad.

”Se conoce que un hombre quien no encontraba sustento alguno para seguir viviendo, trató de estrellarse al poco de salir de la gasolinera. El viejo dependiente, el cual estaría revisando la caja que había hecho ese día, oyó el ruido del accidente y fue en busca del origen del sonido. Encontró un todoterreno empotrado contra un árbol. Del capo emanaban volutas de humo blanco. El viejo fue en ayuda del accidentado, quien milagrosamente estaba vivo, y lo llevó de vuelta a la gasolinera. En ésta había un coche aparcado que no estaba antes.

”Cuando llegaron a la gasolinera, un hombre bajó del coche seguido de su familia. Éste ayudó al dependiente a llevar al accidentado al interior de la tienda. Una vez todos dentro, el dependiente llamó al servicio técnico de ayuda en carretera para pedir una grúa, pues el accidentado no tenía más daño que una

rotura en la nariz y una pequeña brecha en la cabeza. La familia que había llegado allí era compuesta por un hombre, de quien se dice que era un maltratador, su mujer y dos hijos. Un niño y una niña de unos ocho años.

”Cuentan que el niño llevaba consigo una tabla ouija con la que se había entretenido durante el viaje en coche y a la cual reprochaba no mostrar movimiento. No rindiéndose, le pidió al viejo dependiente un vaso para poder seguir intentado que la tabla le mostrase algún mensaje en lo que la grúa llegaba. El padre había ordenado, sutilmente, que aguardarían allí hasta que la grúa llegase. Entonces, ocurrió. El vaso se movió y las luces del establecimiento comenzaron a chisporrotear y centellear enloquecidas. Uno de los tubos fluorescentes estalló sobre el viejo dependiente. Éste trató de salir del local pero la puerta estaba cerrada y, cuando trató de coger la llave, ésta se le fundió en la mano. Después trató de romper el cristal del ventanal de una patada, pero cuando meramente rozó el cristal, el viejo fue envuelto en llamas hasta quedar reducido a cenizas. La madre de los niños chilló y el marido dicen que la golpeó en la cara con tal fuerza que la tiró al suelo y cayó sobre uno de los pedazos de fluorescente. No se sabe si estaba inconsciente o muerta. El hombre que había tratado de suicidarse creyó leer en el mensaje de la ouija el nombre de su novia muerta junto con la orden de matar a los demás. Según parece el padre de los niños también así que trató de matarlo. Finalmente los dos murieron tras apalizarse, quedando los niños solos. Entonces todas las luces, salvo la que había sobre ellos, se apagaron, y el local entero comenzó a arder.

”A las dos horas, llegó el operario de la grúa. Encontró el ventanal de la gasolinera ennegrecido por las llamas, pero pudo avistar su interior, viendo el horror que se mecía en él.

Aunque en un primer momento, ninguno hablamos, supimos, incluso Samuel, que aquella historia había sido mucho mejor que la anterior. Y mucho más larga, con lo cual, se daba tiempo a la imaginación para visualizar la historia. Pero, cuando Andrea quiso añadir un detalle para darle más terror a la misma, un brillo negro de horror surgió entre mis recuerdos:

—Y, dicen, que esa gasolinera es la que pasamos antes.

Noté un gran frío en mi interior, como un humo helado en mi estómago. Era miedo. Y, aun sabiendo que los demás creerían que quería aterrorizarles, dije:

—Yo le he visto —casi susurrando.

—¿Eh? —preguntó Samuel—. ¿A quién?

Todos me miraban extrañados.

—Al viejo de la historia. En la gasolinera de antes. Me saludó al pie del establecimiento abandonado. Sonreía.

—Es una historia —repuso Andrea— Un cuento de miedo. Eso no pasó.

—Yo vi a un hombre viejo en la gasolinera. Estoy seguro.

—Pues sería algún vagabundo —razonó Marcos.

—Eso es —coincidió Lucía.

—Quizás —aunque sabía que, aunque quisiera creer que aquel hombre no era más que alguien sin hogar, no lo conseguiría. El humo helado me entumecía el corazón como la garra de una bestia.

Siendo de madrugada, nos encontrábamos sumidos en el misterio de la oscuridad al amparo de la endeble tienda de campaña. En ese momento me había despertado de un sueño horrible y carente de forma. Oía con inquietud los sonidos

de la noche en el bosque y trataba a su vez de conciliar un sueño más agradable. Marcos roncaba produciendo sonidos atronadores y, de vez en cuando, Lucía le pegaba alguna patada a Andrea y ésta daba un ronquido aun mayor.

Cuando parecía que el manto del sosiego volvía a envolverme, oí un ruido que nos despertó a todos. Un movimiento rápido. Un chasquido de ramas y movimiento de hojas. Y, de pronto, la tienda comenzó a ser zarandeada con brusquedad, como por un vendaval. Yo quise proferir un grito, pero en lugar de eso di una bocanada de aire que pareció ser la última.

Justo entonces la cremallera de la tienda se abrió y entró Samuel a carcajadas, lagrimeando por la risa y mirándonos con pena. Se sentó dentro de la tienda y Lucía le dio un bofetón que le detuvo la risa de golpe.

—¿Pero tú de qué coño vas? —le chilló ella enfurecida hasta enrojecer.

Samuel se palpó la mejilla, que le ardía como si se hubiese quemado, y la miró con ira contenida.

—Encima tendrás los santos cojones de creer que el bofetón ha sido injusto, ¿no? Casi me muero, ¿sabes?

—Pareces un crío —le reprochó Marcos.

—Pero bueno, ¿es que no tenéis sentido del humor? —dijo él más calmado, frotándose la mejilla aún.

Lucía se volvió y se tapó con el saco, no sin antes fulminarle con la mirada. Marcos hizo igual. Sin contar la pequeña broma, la noche transcurrió con tranquilidad. Pero por algún motivo, sentía como si manos enfermas y esqueléticas fuesen a cernirse sobre mí en cualquier momento.

Abrazado por los árboles

La tenue luz lograba filtrarse a través del tejido anaranjado de la tienda. No eran más de la nueve de la mañana. Un olor a café se coló hasta el interior y, abriendo la cremallera, observé que Marcos, Andrea y Lucía estaban sentados alrededor del fuego que habían prendido de nuevo, calentando aquel líquido marrón de embriagador aroma.

Me froté los ojos y aspiré el aire puro, que contrastó con mi recuerdo del aire algo viciado de la tienda. Después Marcos me ofreció una taza del oscuro café que, al carecer de azúcar, tenía un horrible sabor amargo, pero me ayudó a despejarme.

Estuvimos charlando hasta que Samuel se dignó a salir de la tienda. Se tomó el café restante de un trago y después nos miró. Sabía que la bromita durante la noche no nos había hecho ni la más mínima gracia, así que se disculpó:

—Lo siento... pero admitid que la broma os dio el susto que queríais. Vinimos a pasar miedo, ¿no?

—Pues tú aún no has pasado miedo —repuso Lucía, que se alegró en silencio de ver que Samuel notaba persistente el picor en su mejilla.

No presté mucha atención a la conversación. Me dediqué mientras charlaban a hundir la mirada entre los árboles, tratando de ver algo que no perteneciese al bosque. El día anterior nos habíamos adentrado demasiado, eso lo sabía ala perfección. Por suerte la brújula bastaría para guiarnos hacia el norte, hacia algún lugar, aunque fuese el lado opuesto al que se encontraba el coche. Algún lugar que no fuese al que nos dirigiríamos.

—Bueno, deberíamos emprender el camino de regreso ¿no? —propuso Marcos.

Asentimos, y me dispuse a sacar mapa y brújula, que estaban dentro de la tienda. Extendí el mapa sobre el suelo irregular. Por desgracia, el bosque aparecía diminuto. No había reparado en ese detalle.

—Es enano, ¿cómo vamos a guiarnos con esto? —gruñó Andrea.

—Mirad, el río sí aparece. Entonces... —dije, y coloqué la brújula sobre el mapa— el río está al noreste. Siguiendo su curso podremos salir de aquí.

—Pues adelante —dijo Marcos.

La empresa parecía fácil: seguir la trayectoria de la brújula. ¿Qué dificultad había en eso? Pronto la descubriríamos.

Anduvimos cerca de tres horas, siguiendo la misma dirección, pero el desdichado arroyo no aparecía. Ni siquiera se le oía. Podría decirse incluso que no había arroyo alguno en aquel lugar si no fuese porque le vimos el día anterior. Entonces revise la brújula y, sintiendo de nuevo aquel espeso humo helado, me detuve. Los demás continuaron andando un par de metros hasta que se dieron cuenta.

—¿Qué pasa? —preguntó Samuel.

Miraba la brújula, que giraba enloquecida, y la angustia iba creciendo en mi interior como si el humo se estuviese convirtiendo en niebla. No respondí a su pregunta, no hizo falta. Se acercaron y observaron lo mismo que observaba yo: el desconcierto.

—¿Pero qué...? —preguntó el mismo, y me cogió fugaz de las manos la brújula y comenzó a agitarla como si fuera un spray—. ¿Qué le pasa a este cacharro?

—No sé, antes estaba bien, ya lo habéis visto —dije yo.

—Igual se ha estropeado por las ondas del móvil o algo —propuso Andrea.

—¿Qué tiene que ver eso? Las brújulas se vuelven locas con los imanes o las tormentas, no con un teléfono —repuso Samuel, sin cesar de agitar la brújula.

—¿Y ahora? —preguntó con cierta aprensión Lucía.

Entonces tuve una corazonada, un presentimiento. Algo que me instaba a continuar la caminata en la misma dirección en la que llevábamos andando desde el principio de la mañana. Santo Cielo, ¿por qué haría caso a esa corazonada, a esa voz evanescente?

—Por aquí —dije con decisión cual líder.

Al cabo de media hora, sentimos la esperanza de haber seguido la dirección adecuada al coche pues hallamos un sendero escondido en un lugar donde la arboleda se volvía más densa y frondosa. Era de un ancho suficiente como para que circularan coches, así que en nuestros rostros dibujamos sonrisas de alivio.

Seguimos el sendero cerca de una hora, siendo mediodía, hasta llegar a un claro enorme. Aunque “claro” por definición, pues el cielo estaba encapotado de manera horrible. Las nubes alcanzaban tonalidades negras, feroces, hambrientas pues en sus entrañas rugían truenos. Pronto comenzaría a llover, pero la humedad no sería problema.

Los árboles del sendero se abrían en dos sentidos, dando lugar a un gran círculo. El sendero serpenteaba hasta detenerse al lugar donde nacía el terror.

Abrazado por los árboles, grisáceo y grande, se erigía un suntuoso palacete intimidante, majestuoso aunque siniestro. El sendero nacía en un gran portón negro. Desde éste se elevaba una torre rectangular, en lo alto de la cual había un reloj enmarcado en un triángulo. La torre era coronada por un gran pétreo cono negro, con dos conos de menor tamaño a cada lado unidos por almenas. De la misma forma, a cada lado de la torre se desplegaban dos simétricos brazos de piedra sembrados de ventanas de habitaciones. Brazos que tenían pequeños torreones por manos. Las nubes comenzaron a llorar.

Nuestras sonrisas se nublaron por la turbación, el sinsentido que aquel lugar ofrecía. ¿Qué hacía un palacete en mitad del bosque? ¿Desde cuándo estaba allí?

Pero aquellas preguntas no rondaban nuestras mentes. El sitio parecía emanar un aura negra que encogía el estómago hasta convertirlo en un guisante. Poco a poco, como un equipo coordinado en un desfile, retrocedimos semejantes a animales acobardados. Cuando las copas de los árboles amortiguaban la lluvia comenzamos a correr, tratando de regresar en vano al lugar de la acampada, aunque en nuestro ser todos sabíamos que lo que deseábamos era alejarnos del palacete.

Avanzamos entre árboles, piedras y arbustos, y cada vez que volvíamos la cabeza para ver cuán lejos estaba, veíamos, con el corazón en un puño, la entrada al claro tan cerca como el miedo.

—¿Entramos? —oí decir de pronto a Samuel.

Desperté como de un ensueño. Mi imaginación había lanzado un grito de socorro y me había hecho representar una huida truncada. En realidad aun estábamos observando la opulenta morada.

—¿Qué dices? —repuso Lucía—. ¿Cómo vamos a entrar ahí? Será de alguien. Y como ese alguien nos pille dentro...

—Por Dios, está abandonado. ¿Quién va a vivir en un lugar con una pinta tan siniestra y cochambrosa? —A pesar de estas palabras, Lucía seguía mostrando una aptitud reacia a entrar en el lugar, al igual que Andrea. Marcos, sin embargo, parecía indiferente. Samuel añadió—: Un poco de aventura: entramos, y si vemos que hay alguien salimos corriendo. ¿O no? —preguntó, mirándome.

Todos me miraron a su vez. En mi imaginación aún corríamos buscando el coche, pero mi lengua se movió por voluntad propia, guiada por esa voz etérea.

—Vale.

Lucía miró al cielo y se resignó a andar hacia el palacete. Pronto corrimos a refugiarnos bajo el arco del portón. Parecía pesado, pero Samuel, lleno de euforia, lo abrió sin problemas. Los ferrosos goznes chillaban del óxido, a dueto con los quejidos de la pútrida madera. Un olor a polvo y antigüedad, que viciaba el aire en sumo grado, inundó nuestras fosas. También había un suave olor desagradable que no supe reconocer en ese instante.

El interior era tristón, una imagen de lo que antes debió ser un magnífico lugar de fiesta. Las paredes estaban cubiertas de un roído papel amarillo, oscurecido por el polvo y la mugre. Dos escalinatas ascendían curvándose desde el centro de la sala al piso superior, cubiertas por una alfombra que supuse debió ser blanca en su día. Avanzamos con cautela, observando el entorno, esperando que en algún momento alguien nos cubriese la cabeza con sacos negros y nos encerrase en alguna remota habitación del palacete.

—¿Veis? ¿A que no es para tanto? —reprochó Samuel, mirando de reojo a Lucía, quien hizo como que no le había oído.

—Bueno, parece que se va a derrumbar en cualquier momento —comentó Andrea.

Y mientras ellos dos discutían acerca de la robustez de la morada, yo aguzaba el oído con intención de percibir un sonido que hasta entonces había permanecido ignorado. Sonaba acompasado, pero costaba escucharlo con el repiqueo de la lluvia. Eran leves sonidos rítmicos...

Tic... Tac... Tic...

Tac... Tic...

Subí una de las escalinatas con la mirada hasta llegar a una columna, la cual poseía una entrada a una escalera de caracol que supuse llevaría al reloj de la torre. En el centro de la columna, hundido en ésta, había un carillón plateado. Sin darme cuenta, avance lento. Las voces de Samuel, Andrea y Lucía, la cual se había

añadido a la conversación, parecían estar encajonadas. Cuando puse el pie en el primer escalón, una mano se posó en mi hombro, y aquel velo inconsciente se difumó. Me volví sobresaltado. Era Marcos.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—Hay un carillón ahí.

—¿Y?

—¿No lo oyes?

Comprendí que no podía oír el sonido del carillón porque Samuel y Lucía estaban discutiendo a viva voz de nuevo. Sus palabras eran ininteligibles, inconexas. Eran un barullo de sonidos incomprensibles que cubrían el tímido sonido de las agujas del reloj.

—¡Callaos! —les grité, y me miraron sobresaltados, pero en silencio.

Entonces se oyó. En aquel silencio denso como el bosque, se oyó.

Tic... Tac...

—¿Es un reloj? —preguntó Andrea, con cierta aprensión en su tono de voz.

Subimos la escalinata, que crujía a cada paso, y observamos el artefacto. ¿Cómo un simple objeto podía crear un aura tan siniestra? Sonaba impasible al paso del tiempo que corría por sus engranajes. Perturbaba el silencio en el cual reposaba el palacete. Parecía el corazón de un anciano, latiendo por latir. Provocaba ese aura porque daba la impresión de ser un fantasma que vagaba por las habitaciones con ese hilo de voz.

Tic... Tac...

—¿Qué tiene de raro? —dijo Samuel.

Parecía ser el único que no había entendido lo misterioso del tictac.

—Marca la una en punto, y son menos veinte. Está adelantado, ¿eso es lo raro?

—No —dijo Marcos con aprensión—. Lo raro es que, viendo que este lugar está abandonado, siga funcionando.

Y entonces...

Tic...

La aguja del segundero se movió una vez más y el péndulo se detuvo. El silencio se apoderó de la estancia; aun así, aquél sólido sonido perduraba en nuestras mentes como un recuerdo, reverberando, inquietando. El lugar parecía haberse tornado de un gris que absorbía los tristes colores que aun pudieran apreciarse bajo la lóbreguez que flotaba como la niebla de manera espectral. Samuel parecía no inmutarse, pues, estando ya en la planta superior, comenzó a andar hacia un pasillo anegado de habitaciones a los lados que había a la izquierda.

—Pero ¿adónde vas? —le preguntó Lucía.

—Pues a investigar, igual hay cosas para llevarse. Afuera está lloviendo, mientras se amaina la llovizna mejor estar cobijados, ¿no?

Ella hizo un gesto con las manos mirando al techo como pensada “¡qué hombre este!” que Andrea convino y lo siguieron.

—Pues nosotros vamos por este otro pasillo —repuso Marcos, alternando la mirada entre Samuel y yo.

—De acuerdo —convino él; después miró a las chicas y dijo—: Adelante, tropa.

Se adentraron con paso cauteloso en el pasillo y al llegar a una esquina doblaron y no les volvimos a ver hasta al cabo de un rato. Volvimos a ver a dos.

Cuando desaparecieron tras la esquina, Marcos se puso en marcha hacia el otro pasillo, no sin antes echarle un último, preocupado, vistazo al carillón.

Al cabo de unos minutos y varias puertas cerradas de habitaciones con algo que ocultar, llegamos a una especie de estancia del tamaño de una sala de espera. Mientras yo me fijaba en las grandes puertas de roble que parecían guardar la entrada a una suite de lujo, con pomos plateados largos y curvados, mirándose el uno al otro, que había a la izquierda, frente a un gran espejo, Marcos prestaba atención a la habitación que había al fondo del pasillo cuya puerta se abría y cerraba una y otra vez a causa del viento. El sonido de la lluvia y el olor húmedo del bosque se filtraban y recorrían el pasillo, presurosos.

Sin decir nada, Marcos corrió veloz hacia la habitación abierta, temiendo que ésta se cerrara. Sus pasos sonaban atronadores, y daba la impresión de que el suelo se derrumbaría a sus pies de un momento a otro. Para su suerte, consiguió llegar hasta la encaprichada habitación. Mientras tanto, me dediqué a mirarme en el gran espejo de la pared.

No fue el recuerdo del nimio relato de Samuel, no fue algo sobrenatural lo que me encogiera el corazón. Solo miré mi reflejo. Miré mis ojos al otro lado del cristal y éste me mostró unos ojos fríos, turbadores. Unos ojos que llegaría a creer que no eran los míos. Dos esferas blancas, dos pupilas negras que parecía poder verse a través de ellas un mundo gris como el palacete. Sin querer recordé cómo en el relato el reflejo sonriente del anciano le arrancaba el corazón al mismo que se erguía de enjuagarse la boca, y en mi imaginación —supuse— adiviné un sonrisa bajo los ojos perturbadores que juraban ser un reflejo de los míos.

Aparté la vista fugaz, pero mi corazón siguió encogido, helado, al ver que las puertas de roble estaban entreabiertas, entornadas lo suficiente como para poder ver el interior. El susurro del viento volvió a recorrer el pasillo, un murmullo como la voz evanescente que había guiado mis pasos en el bosque. La puerta de la habitación en la que Marcos había entrado se cerró de un portazo, pero no se oyó grito alguno de sorpresa.

Cuando me quise dar cuenta, estaba asiendo el pomo con irregular firmeza, empujándola después, viendo una habitación que aún conservaba el brillo pomposo de la elegancia al entrar. Pese a abundantes telarañas en esquinas y muebles, se notaba la grandeza que algún día ostentó. La habitación gozaba de comodidades espléndidas: una cama rodeada por un dosel negro, de apariencia suave como la seda; estanterías en las que abundaban libros, que rodeaban un sofá acompañado de un sillón orejero, quienes observaban inquisitivos la chimenea que había frente a ellos; un escritorio de patas curvas, repleto de objetos en su superficie; y, en un rincón, un baúl con un gran candado negro. Paseé la mirada sobre las diversas cosas desperdigadas sobre el escritorio, encontrándome unas hojas de letra casi ilegible, al lado de un tintero seco que se encontraba rodeado de manchas de tinta años atrás derramadas sobre la otrora lustrosa madera. Conseguí comprender un párrafo entre aquella maraña de garabatos:

“Escalofriante danza la noche tras ventanales de esta casa, fría e indolora. Ellos también danzan ilusos, mortales debidos al perecer que les acontecerá. Coordinados mantienen sus cuerpos de carne y hueso, de alma hueca. La música que entonces oyen será, pues, el último sonido lastimero que esta vida les ofrezca. Bailad y morid. Reíd y morid.

Bebed y morid.”

Sentí el aliento frío del viento en mi nuca, y entonces aquellas palabras parecieron ser pronunciadas por un cadáver errante. En ese instante me di cuenta

de que había un elemento imposible, ¿cómo podía rozarme el viento cuando la ventana...?

Estaba cerrada.

Me lleve la mano a la nuca al instante, tiré la hoja sobre el escritorio y miré en derredor con suma desconfianza. ¿Qué estaba haciendo Marcos? ¿Cuánto tiempo hacía desde que había entrado en aquella recatada habitación? Aquel silencio era tenso como la espera a la bajada de la hoja filosa de la guillotina. Cuando, pasados unos minutos, comprobé que nada espantoso acechaba entre sombras, un cajón del escritorio me llamó la atención. No porque estuviera abierto, ni porque supusiese que había algo de valor en su interior. Solo lo abrí con la misma firmeza con la que abrí la puerta de aquella habitación porque era el único que tenía cerradura. No tenía intención de sustraer objetos como Samuel, pero la curiosidad es un diablo que tienta sin voz.

Admito que en un primer instante me decepcionó comprobar que en su interior, había una llave alargada, antigua y dentada en su extremo. Pero entonces, de esa manera inconsciente que tanto me había manipulado desde aquel alba morado, observé por el rabillo del ojo el marchito baúl que había a la derecha del escritorio. La llave encajó, el candado hizo un ruido seco al girarla y se abrió. El interior del baúl estaba forrado de terciopelo azul oscuro, manchado con negras aureolas y con un olor que ascendía como el humo de un cigarrillo. Un olor horrible y desagradable.

Hasta ese momento no había reparado en que unos atronadores y apresurados pasos se acercaban a la habitación. Entonces Marcos se asomó por la puerta, con una sonrisa en el rostro. Me levanté como una exhalación, cerré la llave en mi puño y le miré, con el corazón tratando de calmarse de nuevo.

—¡Mira lo que he encontrado! —exclamó entusiasmado. Abrió la mano y de ésta descendió cual araña un reloj de bolsillo plateado que pendía de una cadena que sujetaba con dos dedos. —Está nuevo, es de cuerda. ¿A que mola?

Cinco esencias malditas

Nos encontramos con las chicas unos diez minutos después de todo aquello. Habíamos recorrido un par de pasillos más y bajamos unas escaleras que parecían estar situadas en el centro del palacete, bajo una pequeña bóveda de cristal. Durante todo aquel trayecto, Marcos había estado ensimismado con el dichoso reloj de bolsillo. Lo manoseaba y daba vueltas en su palma, sin perder el brillo de asombro en sus ojos. Daba la impresión, incluso, de que se había enamorado del artefacto. Afuera, la lluvia y el viento se pugnaban como dioses por la supremacía del uno sobre el otro.

Andrea y Lucía llegaban caminando desde el fondo de un pasillo frondoso, oscuro, hablando entre sí entretenidas, pero ambas tenían un tono de voz en el que se escondía tímida la preocupación.

—¿Dónde está Samuel? —preguntó Marcos, saliendo por un momento de su embrujo.

—Se ha quedado merodeando por ahí —dijo Lucía con cierta exasperación en la voz. La aprensión seguía latente en ella. —Dijo que ya nos encontraríamos.

—¿En dónde?

—Eso quisiera saber yo.

Comenzamos a caminar en busca de algún pasillo de entre los cientos que condujese al recibidor principal de aquel lugar maldito. Al rato de caminar, percatamos un olor vago que flotaba en el aire como un globo sin infante que lo sujete. Era el mismo olor que había inundado mi olfato al entrar, y no era un fragante aroma floral. Era un olor desagradable, impregnado de muerte y años. A cada paso que dábamos, ese hedor se hacía más intenso. Y al cruzar una puerta, creímos encontrar la fuente de aquella peste agria.

Tras la puerta férrea, se descubría una gran cocina de azulejos blancos tanto en suelo como paredes. Estaban anegados en un color marrón roñoso, y varios trastos

de cocina se hallaban desperdigados por el suelo, rendidos ante el óxido. Lucía se tapó la nariz y pronto su gesto fue imitado por Andrea y Marcos. Yo traté no respirar, pero se me hacía imposible. Por si aquella enmarañada nube de desorden fuera soportable, el suelo era pegajoso como chicle. El sonido de las playeras sonaba como quien soba un cristal con las manos húmedas.

—¡Por Dios! —susurró Andrea. —¡Qué asco!

Y, entonces, de nuevo. Mientras ellos comentaban la inhumanidad de aquella cocina, el sonido de sus voces se fue difuminando hasta convertirse en un murmullo sordo casi inapreciable. La gélida voz del viento volvió a azotar mi cuello, y aquel lugar pareció volverse etéreo. ¿Qué era eso que oía? ¿Eran...? ¿Eran gritos? Gritos, chillidos desolados que rebotaban en las paredes salpicadas de espectros marrones. Agudos lamentos que se deslizaban por el suelo pegajoso hasta llegar a mis pies y ascendían enroscándose en mi cuerpo como serpientes.

—¡Eh! —gritó Marcos. Sonaba distante. —¿Qué haces ahí?

Los clamores lúgubres retrocedieron y la realidad volvió a su forma nítida. Ante mí había una puerta enorme de metal, gruesa según su aspecto. Miré hacia atrás y vi cómo mis compañeros me observaban con suma preocupación y un gesto horrible de aprensión en sus rostros. Sin decir nada, se acercaron y observaron la gran puerta. Ahí el olor era insoportable, rozando lo vomitivo. Lento, con la mirada obcecada por una siniestra fascinación, así el pomo y, a pesar de un musitado “no abras” proveniente de una de las chicas, tiré con todas mis fuerzas.

Horror. Horror fue la primera impresión. Un horror putrefacto que era capaz de congelar nuestro cuerpo. En la oscuridad de aquella despensa, iluminados por un haz de luz tímido que surgía de un pequeño ventanuco, una montaña inmensa de cadáveres se amontonaban sin orden ni concierto. Cientos de cuerpos esqueléticos, cubiertos de harapos desgarrados. En algunos aún perduraban lenguas de piel blanquecina y amarillenta, cubiertas algunas de pústulas secas.

Lucía profirió un grito ahogado; Marcos palideció fugaz, como la flagelación de un látigo; y Andrea pareció petrificarse. Yo, colmado de aquella niebla fría que poseía mi cuerpo tembloroso y asustado, comencé a caminar hacia atrás. Mi mandíbula temblaba, como si estuviese a punto de llorar. Tras unos instantes de silencio abrupto y terrible, dimos la espalda a aquellas miradas huecas de calaveras sin nombre y corrimos en busca de cualquier sitio por el que se pudiera salir.

¿Salir? No, esa opción ya estaba descartada desde que nos adentramos en aquel mar arbolado sin fin.

Pasamos corriendo cerca de las escaleras que conducían a aquella habitación magnífica de eterna opulencia, sin mantener en mente cualquier otra cosa que no fuese notar el frío llanto del cielo. En ese momento, oí una voz. No era aquella voz guía, en absoluto. Una voz conocida descendía desde la planta superior atravesando el techo como lo hacen los fantasmas, liviana aunque horrorosa. Nos detuvimos en el acto, extasiados por la carrera, pero con el recuerdo de aquellos cuerpos danzando en nuestras mentes de manera burlona.

Sigo aquí, decía, no me iré jamás.

En ese momento se oyó un estruendo de madera quebrada y, atravesando el techo como había hecho la voz segundos antes, algo cayó ante nosotros, cortándonos el paso. Madera partida, polvo, lóbreguez y años, cubrían un cuerpo que no tardamos en reconocer.

—¡Samuel! —chilló Lucía. Después se abalanzó sobre la pequeña montaña de restos que envolvían el cuerpo inmóvil y trató de buscarle el rostro. Marcos se le unió. Yo solo vi la sangre.

El hilillo rojizo salía de entre su pelo moreno, tiñendo la gris madera firme. Andrea se llevó las manos a la boca. Los gritos de Lucía chillándole a Samuel que abriese los ojos eran incontables, eternos. Desesperados.

Y, entre aquel ruego borroso de lágrimas, algo más se oyó. Lejano, constante.

Tic... Tac... Tic...

Espectros rodearon mis brazos, fríos cual tímpanos, enroscándose en ellos como hicieron en la cocina maldita. Un gélido sudor me perlaba la frente y, en ese momento incomprensible, grité como si me arrancaran el alma:

—¡Corred!

Primero fue el suelo. Empezó a zumbear como una abeja, vibrando sin porqué. Después las paredes lo siguieron, y el techo se les unió. El sonido del tictac aumentó su volumen hasta aguijonear mis tímpanos y me llevé las manos a las orejas, ahogando un gruñido de dolor mientras todo temblaba. Andrea echó a correr a la vez que Marcos tiraba del brazo de Lucía para que ésta dejara el cuerpo de Samuel allí, quien aún no había abierto los ojos.

—¡Corre! —dijo. ¡Está muerto! —mintió.

No lo estaba. No *él*.

Cuando llegamos al recibidor, aquel temblor se había convertido en tormenta. El carillón tronaba y relámpagos resquebrajaban el techo. Tiré del pomo oxidado del portón, oyendo su agónico crujido, dejando que los demás huyeran. Notaba mi mano húmeda y resbaladiza, pero hasta estar escondido entre arbustos no reparé en que estaba manchada de la sangre que emanaba de mis oídos.

El bosque parecía ser presa del pánico, pues se revolvía bajo el azote de la lluvia, la cual había encharcado el suelo haciendo nuestros pasos más lentos y desesperados. Por mi mente cruzaban miles de pensamientos, pero mi mano fantasmal solo llegó a cazar un par que se unieron en una imagen condenada: *Never go*, sonando profundo entre los arrugados labios del anciano que vi en la gasolinera.

Entonces algo me instó a que volviera la vista. Yo me había convertido en un niño ridículo que se negaba a obedecer, y ese algo me agarró la barbilla con fuerza, como una madre exasperada, y me hizo mirar hacia atrás. El palacete zumbaba y el bosque se revolvía enfurecido tras él, y en ese momento vi lo que debía ver. Supuse que los demás habían dejado de correr pues pronto regresaron a donde yo estaba, preguntándome a gritos agónicos por qué demonios me había parado. Pero sus gritos cesaron cuando dirigieron la mirada hacia donde la mía se clavaba.

—No es posible —dijo Andrea. Su cara estaba surcada por el miedo. Volvió a repetir, asustada—: No es posible.

Y no lo era. No hasta donde la razón llegaba a comprender. El gran reloj de la torre, que había permanecido ignorado y sin vida, movía sus agujas en sentido anti horario, lento, aumentando su velocidad a la par que lo hacía nuestra turbación. Una oleada de viento furioso se alzó ante todas las fuerzas naturales y convirtió aquel claro en el ojo de un huracán. Me sentía inmóvil, como apresado por cadenas invisibles alrededor de mi cuerpo. Oía los gritos de los demás.

Un trueno estalló en aquel preciso instante, como una explosión en el cielo, y el viento se disipó tan pronto como el rayo rasgó el crepúsculo. La tranquilidad

inundó el claro, pero yo solo notaba desfallecer mis piernas hasta caer de culo. El suelo ya no estaba encharcado, ni mucho menos. Andrea fue la primera en levantarse, pero se movía adelante y atrás, tratando de no caerse de nuevo. Lucía miraba con fijeza el suelo, esperando a que se le pasara el mareo, mientras Marcos vomitaba un líquido amarillento y grumoso ante todos nosotros. Nadie se quejó, como hubiera sido lo normal.

Tras unos instantes de reflexión y comprensión, cuando todos nos sentimos capaces de vivir, observamos el palacete. Éste se mostraba vivo; sus colores lúgubres se habían esfumado y el sol de la tarde moribunda lo bañaba en tonos dorados que lo hacían destellar. Todo aquello ya había sobrepasado la línea que separaba lo natural del horror. Entonces Marcos formuló la pregunta más absurda aunque acertada de todas las que nos rondaban:

—¿Qué ha pasado? —dijo, y ninguno respondimos.

Todo parecía más joven. Volví a clavar la mirada en el gran reloj y otra rareza se incluyó en el cesto. Éste marcaba las ocho de la tarde. Con razón el día tocaba al óbito. ¿Aquel huracán había durado horas? Improbable. Mejor dicho: imposible. Pero aquello era el más nimio de los interrogantes.

En aquel instante, un rugido proveniente del bosque comenzó a sonar, aumentando. Se estaba acercando. Ese algo que rugía se estaba acercando, y lo hacía rápido. Nosotros escuchábamos paralizados, con la mirada vacía.

Estaba más cerca. Entonces reconocí el sonido y una mano de alivio me acarició el rostro, pero pronto me di cuenta de que debíamos escondernos si no queríamos más problemas.

—Vamos a esos arbustos —dije—. ¡Rápido!

Los tres me miraron como cualquiera mira a un loco que se ríe por la calle. Un torrente de rabia me recorría el cuerpo. ¿Por qué no se movían? Fuera quien fuese el que se acercaba en aquel coche me extrañaba que viniese a rescatarnos. Y después de lo sucedido, me esperaba a cualquier engendro demoníaco al volante.

—¡Rápido, joder! —repetí.

Cuando por fin obedecieron, el rugido del motor serpenteaba por el sendero que llevaba al claro. Corrimos a los arbustos y, agazapados entre hojas que nos repelían con arañazos, observamos como solo un gato sabe hacerlo.

Un coche negro, antiguo pero brillante, de ruedas delgadas con una banda blanca en cada una, se adentró en el claro y aparcó delante del palacete. Las puertas se abrieron y del interior del vehículo se bajó un hombre con chaqué, pelo grisáceo y gafas, que se apresuró a abrir la puerta del acompañante para permitir salir a una mujer con vestido color crema de una edad parecida a la suya. Al cabo de pocos minutos, otro rugido comenzó a desenvolverse en algún lugar del bosque y no tardó en aparecer otro coche del estilo al anterior que aparcó al lado del mismo. A partir de ese momento se oyeron más motores acercarse como una bandada de cuervos graznando sin compasión. Coches, montones de ellos, fueron entrando en el claro mientras nosotros los mirábamos a punto de estallar de miedo y confusión. Otra sensación también nos quebraba de angustia: saber que nunca deberíamos haber ido a aquel lugar.

Nos miramos con palabras fantasmales en los labios. La voz de Andrea disipó los espectros con preguntas estúpidas:

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son? No conozco a nadie.

Sobraba decir que ninguno conocíamos a esa gente vestida de gala. Parecían salidos de una película en blanco y negro.

—Oye —dijo, esta vez a mí—, creo... que te sangran los oídos.

Me llevé las manos a las orejas como hice cuando el tictac se convirtió en dos agujones y comprobé que era cierto. La sangre ya estaba seca, pero aún fluiría cuando agarré el pomo del portón. Una duda horrible me atravesó la cabeza: ¿y si alguien la veía? Fuera aparte ese temor, algo me llamó la atención.

—¿Qué lleváis en los bolsillos? —pregunté a las chicas.

—¿Cómo?

—En los bolsillos, ¿qué lleváis en los bolsillos?

Pese a toda la atmósfera de horror, por un momento se sonrojaron, al igual que el niño al que pillan infraganti haciendo una trastada. Lucía sacó del bolsillo derecho una diadema dorada; Andrea, del izquierdo, descubrió un pequeño collar de perlas finísimas.

—Los encontramos en una habitación —dijo Lucía, excusándose.

Marcos mostró el reloj de bolsillo plateado que me había enseñado antes.

—Yo encontré esto en una habitación también.

Quisiera que no, yo también era culpable. La llave de aquel baúl vacío aún estaba en mi bolsillo. La saqué y dije, con voz débil:

—Y yo encontré esto.

Todos la miraron con desconcierto. Mientras, me percaté de que el reloj de bolsillo que tenía Marcos, a diferencia de cuando me lo mostró, funcionaba. Y marcaba la misma hora que el reloj de la torre. Sin embargo, mi pregunta fue distinta:

—¿Samuel habría cogido algo?

Un rayo de tristeza desesperado se flageló en los rostros de todos, más marcado en el de Lucía. Por ello me sorprendió que fuera ella quien respondiese.

—Eso creo. Me parece que encontró una pitillera.

La conjetura que se paseaba por mi mente parecía ridícula, perteneciente a una película cuyo argumento es fácil de adivinar. Los cinco, cada uno, habíamos cogido un objeto del palacete. Y ahora solo quedábamos cuatro. No tardaríamos en ser menos.

Cuando volví la mirada hacia el claro vi una masa negra de metal en forma de automóviles y, por alguna razón extraña, supe que no aparecerían más.

—Tenemos que entrar de nuevo.

Seis ojos ásperos de miedo se posaron en mí.

La fiesta

Nos deslizamos como serpientes entre todos aquellos automóviles que emanaban el hedor de una década olvidada. Sus carrocerías negras reflejaban los últimos arañazos de luz, como recién comprados, pero parecían fantasmas corroídos por dentro que hacían que el simple tacto nos estremeciese. La voz susurrante de Lucía no paraba de rechistar la locura a la que les estaba entregando al pretender entrar de nuevo en aquella morada. Haciendo caso omiso de sus palabras, agarré el pomo del portón y empujé.

Pronto pudimos oír voces humanas: murmullos, risas que erizaban el vello e incluso gritos de sorpresa. No abrí el portón del todo, solo lo suficiente para entrever el interior en busca de algo normal que no pude encontrar ni después de entrar. No había grietas en el techo ni escombros de un derrumbamiento. El palacete estaba vivo, brillante. El carillón endemoniado hacía danzar sus agujas a un ritmo lento. Gente extraña se paseaba de un lado a otro, sirviéndose copas de champán que los camareros mareaban dando vueltas por el recibidor.

—¿Es una fiesta? —dijo Marcos.

Lo había dicho alto. Demasiado alto. Asustado, cerré los ojos esperando a que cientos se clavasen en nosotros como bestias, se evaporase el murmullo y alguien preguntase: ¿quién demonios sois vosotros? Pero ese momento nunca ocurrió. Los invitados continuaron bebiendo y riendo y los camareros dando vueltas. Tenían que haber oído a Marcos. Cualquiera de nosotros lo hubiésemos oído desde la otra punta del recibidor.

En ese momento, apartando el miedo que trataba de estorbar, abrí el portón por completo y me adentré hasta el centro de la sala. No podía pasarme nada peor a que me echaran, y lo hubiese preferido. Nadie se percató de que un joven había irrumpido en su fiesta y permanecía quieto en mitad del jolgorio. Invité a los demás a entrar con un gesto de mano y, mientras Marcos trataba de convencer a las chicas

para que entrasen, yo iba atreviéndome a despegar mis pies del suelo para pasearme y comprobar que, como parecía, aquella gente no podía vernos.

Un enorme soplo de aire frío me atravesó el cuerpo, llevándose mi aliento durante un instante horrible en el que vi de nuevo la muerte trepando como la yedra las paredes del palacete. Después el color volvió a ser nítido y brillante. No sabía qué había pasado. Durante aquel momento había olvidado dónde estaba, quién era y por qué estaba donde estaba. Había sentido la muerte. Pero aquello no me horrorizó. Los rostros cenicientos y estupefactos de mis amigos lo hicieron. Me acerqué, y vi con extrañeza que los pasos de Andrea retrocedían leves a la par que los míos avanzaban.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

Ninguno hablaba, y ello hacía que el miedo fuese aún mayor. Repetí la pregunta con más fuerza, esperando a la vez que alguna de aquellas personas volviese la cabeza, pero resultó en vano.

En ese momento, un hombre anciano con la tumba dibujada en su rostro arrugado se acercó a mí. Pero su mirada parecía lejos de la mía. El hombre alargó el brazo hacia mi pecho con una sonrisa agradable y la sensación muerta volvió a recorrerme de arriba abajo como un rayo que toca tierra. Tuve tiempo de observar: las paredes volvían a ser grises, el suelo astillado y la lluvia golpeaba el techo impasible. Cuando el anciano retiró el brazo, la normalidad volvió y éste sostenía en la mano una copa de cristal llena del champán dorado.

—Gracias —dijo con voz bonachona.

—Faltaría más, caballero —respondió otra voz a mi espalda.

Ahora había visto claro qué había sucedido antes. Ahora sabía qué ocurría, aunque pareciese lo más absurdo que pudiese oír uno: eran fantasmas, imágenes del pasado.

Miré a mis amigos. Andrea no apartaba la vista de mí mientras su boca temblaba como un bebé a punto de llorar. No se habían movido de la entrada. Corrí hacia ellos y salimos al exterior con la indeleble sensación de que todas aquellas personas nos observaban al unísono con una sonrisa podrida. Esquivamos todos los coches de época antigua y nos adentramos en el sendero bajo el mano de hojas bañadas en la luz sangrienta de la tarde. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Nunca lo había tenido.

El sendero se curvaba y retorció a gusto. Corrimos durante diez minutos sin parar, pero la arboleda no se hacía más espesa. Con temor, miré hacia atrás, esperando ver los innumerables coches negros aparcados frente al palacete. Pero no fue así. Había árboles. ¡Menos mal!, pensé. Incluso mi voz mental temblaba por el miedo. Me alegré demasiado pronto. A los cinco metros más tarde las hojas dejaron de cubrir y un claro se abrió en mitad del bosque. Y allí estaba el palacete de nuevo, abrazado por los árboles.

Andrea empezó a llorar, rabiosa y asustada. Confusa.

—¿Qué pasa?! —dijo, y nos miró—. ¿Qué cojones pasa?!

Hacía un rato que una idea tan macabra como estúpida se paseaba por mi mente, como los camareros por el recibidor.

—Creo que es por los objetos —dije.

Andrea me miró con los ojos anegados en furia.

—¿Qué? ¡Déjate de chorradas y dime qué cojones pasa! ¿Por qué no podemos alejarnos de este lugar?!

Su voz sonaba tan desesperada que no parecía humana. Yo me limité a repetir:

—Creo que es por los objetos.

Antes de que a Andrea le diese tiempo de gritarme de nuevo, Lucía me miró como si por un momento me creyese para decirme:

—Explícate.

Les conté mi sospecha. La sospecha de que aquellos objetos tan destacados entre el abandono estaban malditos y nos habían atrapado en un mundo lleno de espectros.

—Y a juzgar por los coches, un mundo de hace décadas.

Incluso a mí me parecía una tontería. Pero después de haber entrado en el palacete y haber sido atravesado por alguien que ya estaba muerto, creía que era lo más lógico. Veía claro entonces que la única opción que se nos presentaba era entrar de nuevo, depositar los objetos en sus lugares correspondientes y esperar que aquella pesadilla se desvaneciese como bruma. Aquel pensamiento debió de escapárseme en la mirada. El rostro crispado de Andrea lo delataba.

—Tenemos que devolver los objetos.

Ella se acercó, sacó de su bolsillo el collar de perlas de brillo chillón y me lo tendió.

—Toma, llévalo tú. No pienso entrar ahí otra vez.

Y apunto estuve de cogerlo, hasta que me di cuenta de que quizás no fuese tan fácil.

—No. Igual tienes que llevarlo tú. Tú lo cogiste.

Marcos tuvo que sujetar a Andrea, porque estaba dispuesta a meterme el collar en la boca con tal de librarse de él y no entrar de nuevo en la fiesta. Se había abalanzado hacia mí como un animal, enseñando los dientes.

—Tiene razón, creo —dijo Marcos—. Lo mejor será que llevemos cada uno lo que hemos robado. Pero nos acompañaremos hasta los lugares para que no pase nada —miró a Andrea y añadió—: ¿De acuerdo?

Lucía la abrazó con ternura, como si en vez de amigas fuesen hermanas. La susurró algo al oído que pareció tranquilizarla y ambas nos miraron. Empezamos a caminar hacia el mar de automóviles.

Eran como hologramas, solo que atravesarlos ofrecía una horrible bandeja de sensaciones frías y vacías. Sin embargo, sus voces eran penetrantes, rudas o agudas. Casi palpables. No tardamos en percatarnos de que eran por completo inofensivos. Ellos, al menos. Las chicas nos guiaron hasta la habitación de donde habían sustraído el collar y la diadema. Los pasillos eran todo lo contrario a lo que recordaba: las puertas lucían un blanco pulcro, las paredes un dorado acogedor y la moqueta hacía suave hasta el paseo de la mirada. De vez en cuando nos habíamos cruzado con alguno de aquellos espectros inocuos, y en todas aquellas ocasiones había tenido la sensación de que podían vernos pero preferían fingir lo contrario.

—Aquí es —dijo Lucía al detenerse frente a una puerta que hacía esquina.

Abrió la puerta sin miedo aparente y nos descubrió una habitación grande —parecida a la que yo había entrado antes de que aquel sin sentido se desatase—, con dos camas cubiertas por un dosel blanco y un tocador grande semejante al escritorio inundado de papeles en el que hurgué hasta encontrar aquella extraña nota. Las chicas se acercaron al tocador y colocaron con precisión casi milimétrica las joyas.

—¿Ves como no era tan difícil? —preguntó Marcos.

Andrea no respondió. Se dirigió apresurada a la puerta y le apartó de su camino como un matón de instituto. Lucía intentó disculparla con una mirada comprensiva

que ambos entendimos al instante. No era el lugar lo que la hacía querer salir de allí cuanto antes, en absoluto. Era el recuerdo de Samuel cubierto por un edredón de madera y escombros y un hilo de sangre huyendo de su cráneo.

La siguiente parada era la habitación en la que Marcos se había internado durante unos minutos tan largos como la vida. Cuando pasamos frente a las puertas de roble que escondían una habitación cuyo recuerdo trataba de evadir creí oír los pasos nerviosos de alguien al otro lado de ellas. Alguien que caminaba de un lado a otro, deteniéndose en ocasiones y reanudando su marcha. Pero tiempo al tiempo. El horror no tiene prisa, y yo tampoco.

Marcos repitió el mismo proceso que las chicas. Pude ver en sus ojos un atisbo de pena. Se había encariñado un poco con aquel reloj de bolsillo, pero hubiera entrado a cortarle las manos si hubiese sido necesario.

Justo en el momento en que él salía de la habitación, el sonido de un grifo abierto sonó dentro del baño durante un momento, se apagó y la puerta del mismo se abrió. Nos apresuramos a salir de la habitación. Y, mientras cerraba la puerta, pude ver fugaz el rostro del hombre que salía del baño. Pensé que habían sido imaginaciones mías, ¿por qué no? Después de todo lo que había visto, mi mente estaba mareada y vomitando asomada a la barandilla del barco de lo absurdo. Pero eso no era lo único preocupante, ¿qué había sido de Samuel y la pitillera que se había apropiado? No debí ser el único en pensarlo, Marcos se me adelantó:

—Esperad, si hay que devolver lo que hemos cogido... hay que encontrar a Samuel, vivo o... —miró de repaso a Andrea y prefirió preguntar—: ¿Dónde le vimos?

—Cerca de la cocina —respondió Lucía.

Cerca de la cocina. Cerca de aquella montaña de cuerpos muertos, olvidados y podridos.

Cuerpos muertos...

Recordé algunas palabras vagas de la nota que leí en el escritorio del cuarto donde ahora alguien se paseaba nervioso. No hacía falta desgajar los datos para saber lo que había ocurrido. Los cadáveres pertenecían a la gente que ahora se paseaba de un lado a otro, riendo y bebiendo, bebiendo y bailando. El porqué lo desconocía en ese momento, pero era lo que menos importaba. Teníamos que salir de allí de una forma u otra. Y debía ser antes de que el carillón tocara la una de la mañana.

—Tenemos que encontrarle antes de que... no sé, de que le pase algo.

Meneé la cabeza y salí de mi ensimismamiento. Lucía, Andrea y Marcos hablaban a mi espalda mientras yo contemplaba el final de pasillo como hipnotizado. Me di la vuelta y Marcos me dio un toque en el hombro, al igual que cualquier amigo hace en el funeral a un familiar del difunto, mientras las chicas echaban a andar en busca de las escaleras que llevaban al piso inferior de nuevo.

Pasamos frente a la cocina y me sorprendió, lo admito. La sala estaba impecable, surcada de utensilios de cocina colocados con el mayor cuidado que uno puede imaginar y una tropa de cocineros yendo de un lado para otro con cacerolas humeantes, platos opulentos y carne muerta a punto de ser frita. Había tanta vida en aquella cocina que por un momento pensé que era real, que los chefs podían verme, oírme. Uno de ellos pareció clavar la mirada en mí durante segundos e incontables insectos recorrieron mis entrañas. “Muévete, ¡muévete!” decía una voz en mi cabeza, pero mi cuerpo no estaba de acuerdo. Por suerte a quien miraba el hombre no era a mí, sino a un camarero que había salido de la cocina con una

nueva tanda de aperitivos, vigilando que éste no tropezase y convirtiese la fiesta en un recuerdo bochornoso.

Andamos unos metros, torciendo en un pasillo que desembocaba en el recibidor. Reconocí el lugar donde había caído Samuel sin dudar, solo que no había cuerpo inmóvil ni escombros, solo madera lustrosa y paredes doradas.

—No, mierda, ¿dónde está? —dijo Lucía.

—Quizá estuviese inconsciente y él se pregunte lo mismo de nosotros —contestó Marcos.

Sus palabras se incrustaron en nuestra esperanza con el dolor de un aguijón. Podía tener razón. Samuel podía haberse despertado confuso, preguntándose dónde estábamos y quién era toda aquella gente. Y cuando descubriese que nadie podía verle ni oírle, habría empezado a buscarnos. Entonces lo más probable era que estuviese merodeando por el laberinto de pasillos y personas que era el palacete.

—Es verdad —dijo Andrea, con la voz saliendo de un pozo angustioso.

En ese momento, el objetivo de devolver todo lo afanado había pasado a segundo plano. Debíamos movernos por las tripas de aquella bestia edificada y encontrar a nuestro amigo. Ese amigo del cual empezábamos a echar de menos los sustos en mitad de la noche. Sabíamos que de continuar por ese pasillo acabaríamos en el recibidor de nuevo y allí no estaba. Solo quedaba dar media vuelta y adentrarnos en estancias desconocidas. Pero ello no era lo peligroso, ni mucho menos.

Aunque ojala lo hubiese sido.

Esto lo he soñado

Siguiendo el pasillo dimos con una antesala pequeña, que supuse justo debajo de la habitación del inquilino ansioso. En el lugar de las puertas de roble había unas de cristal translúcido, a través de las cuales se veían numerosas figuras negras y blancas que se movían al ritmo de un vals que habíamos comenzado a oír desde hacía unos minutos. Frente a las puertas había otro espejo parejo al del piso superior. Evité cuanto pude verme al otro lado y me dirigí con decisión a abrir las puertas de cristal. Aun así notaba una mirada frívola y fría en mi nuca, la sensación de una lengua negra escarchada.

La sorpresa volvió a atenazarme la garganta con una diminuta exclamación. Aquel lugar era maravilloso. Más que cualquier otro sitio que recuerde desde *aquí*. La sala de baile que se mostraba se abría como el claro en el bosque, circular y enorme. Desde el techo reinaba una cúpula de cristal con el dibujo vidrioso de una yedra negra que serpenteaba hasta tocar la cúspide. La tarde había muerto y la oscuridad comenzaba a cubrir el palacete; pronto la luna aparecería en lo alto y se podría ver a través de la cúpula. En mesas de cristal, dispuestas bordeando la sala, había ciento de aperitivos que los camareros reponían repetidas veces. Solo en el único lugar donde no había mesas —al fondo de la sala, justo enfrente de nosotros— se elevaban unos escalones hasta una tarima en donde un dueto de cuerda tocaba.

Los demás parecían compartir mi opinión respecto a la sala. Estaba seguro de que por un momento habían olvidado que estaban rodeados de muertos que eran capaces de ofrecerles la sensación más horrible de sus vidas mientras los atravesaban. Aunque en el rostro de Marcos veía algo más que fascinación. Fruncía el ceño y sus ojos se desviaban hacia izquierda y derecha, vagos, como si en vez de observar la sala estuviese tratando de recordar algo. Le toqué el hombro igual que

él había hecho hacía un rato y me miró con un rostro tan preocupado que no sabría describir, y prefiero no hacerlo.

Mientras las chicas seguían observando el movimiento empalagoso de los invitados en la sala, le pregunté a Marcos al oído:

—¿Qué ocurre?

No recuerdo haberle visto tan asustado en ningún momento de aquella excursión terrible como en aquel instante. Recordaba a un hombre a punto de confesar un homicidio porque la conciencia le tortura con un látigo de espinas infectas de remordimiento. Entonces Marcos abrió la boca temblando para susurrar una frase que pareció salida de mi imaginación:

—Esto lo he soñado.

—¿Qué? —pregunté, a pesar de haberle entendido—. ¿Cuándo?

—Os lo conté, ¿no te acuerdas?

Parecía más relajado, pero solo era una apariencia. Era verdad que nos había contado que había tenido un sueño tan peculiar como extraño, pero, después de todo lo que había sucedido, ¿cómo iba a recordar algo que parecía ser tan insignificante?

—Soñé que estábamos en una sala de baile. Exactamente igual que ésta. Pero íbamos vestidos de etiqueta, como esta gente —dijo, mientras hacía un gesto con la mano para señalar a los invitados.

Miré de manera inconsciente hacia donde apuntaba su mano y lo que vi me sobrecogió, fugaz como el flash de una foto. Andrea estaba plantada en mitad de la sala, entre todas las personas, mirando a un punto fijo. No lograba ver qué había donde sus ojos se obcecaban. Me acerqué a ella con rapidez, pero ella no reparó en mí. Continuaba mirando adonde fuera que mirase. Sus ojos parecían perlas, inmóviles. Se asemejaba a una estatua de cera de un museo. La boca se le fue abriendo, lenta, hasta que de ésta escapó un tartamudeo:

—Es... es...

Volví a notar en mi cuerpo el recorrido de boas escarchadas, pero ninguna de aquellas personas me había atravesado. No fue necesario. Ahora veía el porqué de su rostro muerto de sufrimiento y agobio. Cruzaba la sala tras abandonar una mesa que contenía diminutas bandejas plateadas anegadas en caviar, con una de éstas en la mano izquierda y una copa de brillante champán en la derecha. Vestía un chaqué tan elegante como cualquiera de los demás invitados pudiese pagar, y en su cabeza de pelo moreno no había la brecha de la que había nacido la sangre que las lágrimas de Andrea corrompieron. Mantenía una sonrisa implacable y, en su camino hacia donde ninguno sabíamos entonces, saludó a más de una pareja, como si Samuel las conociese de antes. Pero ello era imposible, aunque el hecho de que nuestro amigo se hubiese unido a la fiesta como si nunca se hubiese desprendido el suelo bajo sus pies tampoco era lo más coherente que había sucedido aquel día.

Marcos y Lucía también se habían adelantado hacia nosotros, y observaban con la misma incredulidad a Samuel. La cesta de los interrogantes sin respuesta había reventado hacía tiempo, manchando la estancia de preguntas que resbalaban por las paredes, dejando un hilo espectral en su camino.

Antes de que ninguno hiciese algún comentario absurdo al respecto, Andrea corrió hacia Samuel, sin darme tiempo a cogerla del brazo para evitarle sufrimiento. Mi sospecha se estaba haciendo realidad y tuve claro entonces que aquel al que vi saliendo del baño no fue una alucinación. Se cruzó con varios espectros, atravesándolos, y a cada uno que traspasaba parecía que su pecho recibía el disparo de una bala fría y plateada. La seguimos y sujetamos a tiempo

cuando se desmayó. Nosotros estuvimos a punto. Samuel se dirigía con el manjar y la bebida hacia una joven cuyo vestido destacaba por su rosa sedoso. Él, con la sonrisa empalagosa de un galán, la ofreció la copa. Ella sonrió pero la rechazó, diciendo:

—No, gracias. No aguanto el alcohol.

—Bueno, ¿prefieres que te traiga una copa de néctar? —dijo Samuel, cordial.

La Andrea del vestido de seda volvió a sonreír mientras asentía. Él la tendió el caviar y volvió hacia una de las mesas de aperitivos. En ese momento todo pareció detenerse: la música, la gente, el baile. El color de las paredes volvió a ser gris, un gris añejo de tristeza. De la boca de aquel ser de piedra enorme, lejos de las tripas en las que estábamos, llegó un sonido sorteando los pasillos y llegando directo hasta la sala de baile. Un sonido fuerte, poderoso y rítmico. El aviso del carillón de que, de alguna manera, ya eran las diez de la noche.

Mi cuerpo temblaba. Temblaba de la única forma que una enfermedad aguda provoca. Entonces me di cuenta de que no solo, en ese segundo estático, el baile se había detenido. Marcos y Lucia también parecían estatuas de mármol, aguantando con un gesto inmóvil de preocupación a Andrea, quien permanecía con los ojos cerrados. El aire se enrareció y se volvió espeso semejante a la mantequilla derretida. Me costaba respirar, como si fuese presa del asma. Y sin saber por qué, me di la vuelta igual que un muñeco sobre un eje.

Aún ahora la imagen que vi me desgarró el corazón. Horrible, aunque ni siquiera esa palabra alcanza el grado necesario para definirla. Al fondo de la sala, en la entrada, las puertas aún seguían abiertas por completo, dejando ver al otro lado el gran espejo alargado. No había espectros que me mirasen con recelo, ni mi único reflejo relamiéndose los dientes con una lengua pútrida, en absoluto. Eso hubiese sido soportable. El baile se reflejaba con total detalle, pero el reflejo estaba muerto. Había incontables esqueletos de hueso carcomido y sucio, sujetándose entre ellos, con ropas desgajadas y sonrisas desnudas de carne. Lucía, Marcos y Andrea no fueron excepción. Y yo, sin saber entonces por qué, era el único al que le faltaba parte del cráneo.

—Rápido, vamos a sacarla de aquí.

—Dios. Dios, joder. ¿¡Qué está pasando?!

Una mano me agarró del brazo con brutalidad y tiró de mí hacia la salida de la sala. La música volvió a sonar de pronto, chocante, y el color estalló como un fogonazo en la noche. El baile había vuelto a la normalidad. Una normalidad demasiado cuestionable.

Andrea había permanecido inconsciente durante unos quince minutos. Despertó brusca y asustada, salida quizá de una pesadilla, para entrar en otra en la que estábamos todos atrapados. Nos miró a los tres, analizándonos, buscando en nuestros ojos el recuerdo de Samuel vestido con chaqué y el de ella vestida con fina seda rosa. Estábamos los cuatro sentados en los escalones que llevaban al piso superior. A la habitación donde...

—Vamos a morir —susurré, aunque no sabía que lo había dicho fuera de mis pensamientos.

Todos, como era normal, me miraron con los ojos inquietos, pidiendo una explicación en silencio. Entonces les desvelé el fragmento que había encontrado entre folios y folios. Narraba con la voz quebrada el mensaje de muerte, palabra por

palabra, pues llevaba marcada cada una de ellas en mi mente con hierro escaldado. Incluso podía apreciar el olor a coherencia chamuscada.

—Vamos a esa habitación —dijo Lucía.

Y teníamos que ir en un momento u otro, ya que la llave seguía en mi bolsillo. Palpitante, habría jurado.

Nos detuvimos frente a las puertas de roble. Marcos tenía intención de empujarlas decidido pero yo le contuve. Me llevé el índice a la boca, en un gesto de silencio, y pegué la oreja a la puerta. No se oían pasos, ni suspiros, ni ningún otro sonido que indicase vida, o algo parecido. Abrí la puerta aferrando el pomo con decisión y, en ese momento, me vi. Fue como verse en un espejo por un instante en el que solo sabes reconocerte. Después la sensación muerta me atenazó los sentidos con más fuerza que en las otras ocasiones. Me di la vuelta lo más rápido que pude, aparté a Lucía —cuyos ojos parecían a punto de saltar de las cuencas— de sopetón y vi alejarse a un joven de estatura similar a la mía por el pasillo y descender después al piso inferior. Llevaba los puños cerrados, como si pretendiese pelearse o acabara de hacerlo. Un destello casi imperceptible se filtró a través de su puño derecho y después desapareció junto a éste en su bolsillo. Había sido un brillo morado y ello me hizo descartar la idea de que fuese la llave lo que había resplandecido como pidiendo auxilio.

El interior de la habitación no era ni por el más nimio detalle similar al recuerdo que deambulaba en mis pensamientos. Era un lugar envidiado por cualquier otra estancia del palacete, repleto de elegancia, pomposidad e incluso se percibía una supremacía que enrarecía la atmosfera. La chimenea ardía, los papeles escasos que había sobre el escritorio estaban ordenados con perfeccionismo y el baúl aguardaba en su sitio, indiferente.

—¿Y bien? —dijo Andrea, que había recuperado la forma—. ¿Qué cogiste?

Saqué de inmediato la llave de mi bolsillo. Estaba fría. Pertenecía a otra época. Los seis ojos de mis amigos balancearon su mirada de la llave a mí, de mí a la llave, con un semblante que expresaba un “¿Solo eso?” irritado. Y a pesar de que yo pensaba lo mismo, en realidad era un engranaje fundamental. Como yo.

Yo.

Me acerqué al escritorio, pero no podía evitar mirar con recelo el dichoso baúl que permanecía en una esquina, preguntando incansable si no quería saber que habría ahora en su interior. Mantuve unos instantes la llave en la palma de mi mano, observándola y debatiéndome si debía depositarla en su lugar o usarla para abrir aquella boca sellada con metal.

—¿Qué cojones estás haciendo? —musitó Andrea, mientras miraba con los ojos titilantes cómo me agazapaba frente al baúl.

Sabía que, de una forma u otra, íbamos a morir en aquel lugar horrible de cadáveres danzantes. El choque de cristales en el interior exaltaba aún más mi curiosidad, haciendo que la llave se deslizase fuera de la cerradura una y otra vez. Mis labios se ensuciaban con gruñidos hasta que, por fin, la llave encajó, la giré, produciendo un sonido seco, y abrí la tapa del baúl tan fuerte que por un momento pareció volcarse. El interior era tan desconcertante, tan insulso pero, al mismo tiempo, tan alarmante que no supe cómo reaccionar más que con un:

—Pero... ¿qué...?

Marcos se acercó a paso ligero, impaciente, se agachó a mi lado, observando el interior lleno de botellas pequeñas con líquidos de colores oscuros e intensos, y me dijo:

—Solo es un... un baúl con frascos de... medicinas, ¡o droga incluso! —sus palabras fueron tan poco convincentes para mí como para él—. Tipo Dr. Jekyll.

—¿Pero de qué gilipollez estáis hablando? —dijo Andrea, elevando el tono—. ¡Deja la llave en su sitio y larguémonos de este puto lugar!

Eso sonaba magnífico, fácil. Meter la llave en el cajón, correr hasta el recibidor y hundirse en la espesura del bosque hasta encontrar el coche. Parecía haberse olvidado de Samuel, de haberle visto ofreciéndole a ella misma champán. Ahora solo pensaba en regresar a su casa y arrepentirse aquella noche mientras intentaba conciliar el sueño. Pero no, no era tan sencillo. De haberlo sido, no estaría relatando esta historia.

Cogí uno de los frascos, con la forma de un prisma en miniatura, que contenía un líquido morado que lanzaba brillos del mismo color y la misma intensidad que el que llevaba aquel ser encarnado en mi piel. Destapé el recipiente y un olor agrio como la leche caducada se escapó veloz del interior, como un disparo nauseabundo. Marcos percibió también el aroma repulsivo y pronto se levantó arrugando los morros en un gesto cómico.

—Dios, ¡¿qué coño es eso?! ¡Huele a vómito!

—¿Y eso qué coño importa? —dijo Andrea, rozando el grito. Por un momento la vi capaz de irse sin nosotros. Ella pareció leer mis pensamientos y dijo—: Mira, me da igual que el bosque conduzca a este lugar. Prefiero estar ahí.

Dicho eso se dio la vuelta y salió con paso firme e irritado. Lucía quiso sujetarla del brazo pero ella se zafó con facilidad y se perdió en la frondosidad de los pasillos. Lo que ambos desconocíamos entonces es que volveríamos a vernos, desde perspectivas diferentes. Marcos se asomó al pasillo desde el umbral de la puerta, permaneció allí un instante y después se volvió para observarnos. Lucía estaba sentada en la cama, con la cara hundida entre las manos produciendo sollozos leves. El tipo de sollozo que intenta retener un lloro descontrolado para no molestar. La observé sin alejarme del baúl, preguntándome qué es lo que debería decirle. Marcos se acercó a ella y pronto se fundieron en un abrazo de consuelo que delataba algo más que amistad en los ojos de este. Aunque admito que tampoco me sorprendió demasiado teniendo en cuenta las más de una miradas furtivas a través del retrovisor que Marcos la lanzó mientras conducía a este lugar de horror.

—Tranquila, ¿vale? Ahora vamos a buscarla, no te preocupes.

Ella le miró con los ojos anegados en lágrimas y esperanza.

—Vale —dijo, y nos miró a ambos—: Lo siento.

La sonreí como repuesta muda pero completa. Me levanté, con el frasco en forma de prisma aún en la mano, y sopesé dos opciones. Pero antes de que tuviera tiempo de decidir, la palma de Marcos chocó amistosa contra mi espalda para este decir, quizá: “Vamos a buscarla, ¿tú estás bien?”. Y antes de que él pronunciase aquella frase probable, el frasco saltó de mi mano y cayó contra los demás recipientes provocando un ruido tan afilado como los cristales en los que había estallado el frasco. El líquido morado empapó el interior aterciopelado del baúl junto a las demás sustancias de colores parecidos y el olor a podrido se intensificó hasta hacer insoportable respirar.

—¡Mierda! —dijo Marcos, mientras recogía los cristales que habían caído fuera del baúl. Uno de los cristales se escapó entre sus dedos y rasgó su piel, haciéndola sangrar al instante—. ¡Más mierda!

Aquel corte pronto tendría transcendencia, pero yo temblaba de horror observando cómo los líquidos de los frascos comenzaban a secarse a velocidad vertiginosa, creando aureolas oscuras. Las mismas aureolas que vi la primera vez

que abrí el baúl, en otra década. Sentía ganas de agarrarme la cabeza como un demente y gritar hasta que mis cuerdas vocales se desgarrasen, ahogándome en sangre. Pero en vez de eso, me agaché, cerré el baúl con el candado y deposité la llave en el cajón del escritorio. Marcos se chupaba la herida de la mano mientras se movía de un lado a otro de la habitación. Lucía había recuperado la compostura, se levantó de la cama, nos miró y dijo:

—¿Vamos a buscarla?

Nosotros asentimos. Nos adentramos en los pasillos de nuevo, en busca de alguien que solo volvería a ver yo.

Cuando bajamos las escaleras por las que aquel *yo* había desaparecido, oímos una voz que hablaba pomposa y alegre desde la sala de baile. Parecía estar entreteniéndolo a la gente con un pequeño discurso de agradecimiento por su asistencia a la fiesta. Y, como bien supuse, quien hablaba era el anfitrión. La voz nos atrajo como el sonido de la flauta de Hamelín y en cuestión de segundos estuvimos frente a las puertas abiertas del epicentro del discurso.

—Damas, caballeros, mi más sentido agradecimiento por haber asistido a este humilde guateque. Espero que los manjares presentados sean de su agrado y que nadie se haya excedido con el champán —a este comentario siguieron risas; hizo una pausa y después continuó su mitin—: Todos nos conocemos, y de no ser así, que esta fiesta sea motivo de ganarse nuevas amistades. Vosotros habéis ayudado a que esta noche, esta música, este baile sean posibles. Un motivo más por el que merecéis mi agradecimiento.

Los invitados mostraban una amplia sonrisa permanente. Las palabras del anfitrión sonaban sinceras, llanas. Pero de alguna manera sabía que todo cuanto salía de su boca, *mi* boca, era una horrible mentira. Un bulo que estaba conducido a segar las almas de todos aquellos que estaban allí. Y, por si aquella intuición vaporosa fuera poco, el fragmento demente escrito en uno de los folios desperdigados de la habitación lo confirmaba.

—Dicho esto, no deseo importunarles más de lo que pueda estar haciéndolo ahora. ¡Que siga la música, el baile, la diversión! ¡La noche acaba de nacer!

Numerosos aplausos estallaron a la vez que lo hizo la música. El anfitrión sonrió, saludando mientras salía de la sala de baile en una emboscada de vítores. Le miré desde la antesala y podría jurar que sus ojos se clavaron en mis pupilas como estacas. Mientras torcía hacia el pasillo saliendo del baile, la alegría se le desdibujó en el rostro y fue remplazada por una mueca recelosa. Se alejó mientras se llevaba la mano derecha al bolsillo.

—Tenemos que seguirle —dije—. Va a envenenar la comida.

Marcos me miró, confundido pero dispuesto a rehusar.

—¿Qué? Pero Andrea anda por ahí fuera, ¿y si la pasa algo a ella por evitar chorradas que supones, qué?

—Pues id vosotros a buscarla mientras yo le sigo —contesté, tajante.

—No —dijo, mientras algo se paseaba en su mente. Después miró a Lucía—. Quédate con él mientras yo la voy a buscar.

Ella se le quedó mirando, con los ojos temblorosos. Marcos se apresuró a desaparecer antes de que Lucía pudiera oponerse. Todo estaba tomando un cáliz tan extraño que empezaba a creer que los sentimientos de mis amigos habían comenzado a ser adulterados. Adulterados quizá por la influencia que sus dobles provocaban. Fuera lo que fuese, cogí a Lucía de la mano para tirar de ella hacia

donde el anfitrión se había dirigido. Ella me miró de sobresalto, observó nuestras manos enlazadas y se soltó con brusquedad.

—Puedo andar sola —dijo.

Me sentí extrañado, culpable incluso, pero no le di más vueltas y, de la mano o no, fuimos a la cocina.

El estrés podía palparse en el ambiente. Los cocineros seguían preparando manjares y los camareros llevándolos de un lado a otro.

—¡Más vidilla, coño! —dijo mi voz en alguna parte de la cocina—. No dejéis que falte comida o bebida. Tú —dijo a un hombre de unos cuarenta y tantos—, prepara el ponche con licor, pero no te pases con el licor o te haré recoger el vómito con la lengua. A tu hija seguro que le encantaría verlo.

La primera impresión que tuve fue de un desprecio absoluto. Me sentí repugnante, manchado de vergüenza, pero me hice recordar que aunque fuese mi cuerpo, aquél que gritaba a diestro y siniestro no era yo. Aun así, se me hizo chocante la sumisión que rendía aquel hombre a un joven treinta veranos menor que él.

—Oye —dijo Lucía—, ¿cómo vamos a evitar que envenene nada si no podemos ni tocarlo?

—Tiene que haber alguna manera de intervenir —contesté inseguro. Entonces tuve un momento de lucidez—: ¡Espera! Si pude romper los frascos es porque los objetos son de verdad. Entonces solo tenemos que quitarle el veneno.

Mientras nosotros discurríamos, el anfitrión le escupió unas palabras más a aquel hombre desdichado y después fue observando plato por plato, cazuela por cazuela, el trabajo de su horda culinaria. Todos mantenían un semblante áspero, lleno de asco y temor. Sus movimientos se volvían indecisos cuando el joven de chaqué miraba con recelo la comida que tenían frente a ellos. Llevaba las manos fuera de los bolsillos, cruzadas tras la espalda. Era el momento clave para robarle el frasco y evitar que en la despensa de aquella cocina se apilaran cientos de cadáveres sin nombre.

—¿A que esperas a servirlo en platillos de una vez? —preguntó a un chef neófito de aspecto joven—. Además, pedí cocineros en condiciones, tú apenas habrás salido ayer de la escuela culinaria.

El joven le miró con los ojos brillando dolor y odio. Tragó saliva con fuerza —la cocina se había quedado en silencio— y le dijo con voz seca:

—Ahora mismo... señor.

En ese momento estaba justo detrás de *mí*, aunque suene paradójico, deslizándose la mano temblorosa hasta el bolsillo derecho. Era como tocar vapor helado, como tratar de agarrar la niebla. Allí dentro no había nada, y si lo había, no podía cogerlo de ninguna forma. Muerto, quizá. Pero antes de que pudiera hurgar más, el anfitrión se dio la vuelta rápido y me miró directo a los ojos. Estoy seguro de que Lucía observaba la escena con el mayor de los terrores. Era como ver dos figuras iguales pero opuestas por completo. Él no desvió la mirada ni un ápice y dijo, con el mismo tono repelente:

—¿Qué le sucede a usted?

Mi cuerpo tiritaba de miedo. Sentía un cosquilleo fatal en el estómago y solo quería desmayarme, olvidándome de aquella pregunta.

—Verá, me he cortado, no sé cómo, realmente. ¿Podría decirme usted dónde encontrar un botiquín, si no es molestia?

Mi otro *yo* suspiró, asintió y dijo:

—Claro, acompáñeme.

Los dos hombres salieron de la cocina y se perdieron hacia algún lugar desconocido. Lucía tenía un rostro ceniciento, dando pasos hacia atrás, atrasando la cabeza como si se alejase de una avispa que merodeaba por su cara. Lo vi comprensible. Pensé que debió ser un momento de tensión horrible cuando creímos que me había visto, pero no fue por eso por lo que estaba tan asustada. Me acerqué a ella rápido, me miró como si hubiese dicho que estaba loca y me dijo:

—Era... ¡Era Marcos!

—¡Lucía! —dije, sujetándola por los hombros. Tenía que contarla cual era mi sospecha—: Hay un doble para cada uno de nosotros. Hemos suplantado la identidad de las personas a quienes pertenecían los objetos que robamos, ¿entiendes? Ellos murieron envenenados. Nosotros, es decir, los otros nosotros, ingerirán el veneno y, cuando ellos mueran, nosotros también.

Tuve la sensación de que debía soltarla. Ella estuvo pensando unos momentos, mientras por su mente se alternaban el odio, el miedo, la confusión, por ese orden. Entonces contestó algo que no esperaba, en un tono tranquilo aún más sorprendente:

—Tú no.

El disparo fue el comienzo

Perder la consciencia es algo tan sutil que cuando sucede parece que te embarcas en un sueño, sin fuerzas. Como ya he dicho, no adelantaré acontecimientos, solo explico la sensación que tuve momentos después de que Lucía dijese aquellas dos palabras.

Me miró de manera intensa mientras el miedo crecía en su interior. Parecía estar apunto de salir corriendo sin decir nada más, pero no fue así. Antes de salir de la cocina en busca de Marcos, en vano, pronunció una palabra más. La última que saldría de sus labios:

—Asesino.

Lo dijo con una mezcla de asco, impresión y miedo. Después dio media vuelta y siguió el camino que el anfitrión junto con Marcos había recorrido. Me quedé quieto en medio de aquel mar de cazuelas, gruñidos y vapor ardiente. Su voz acusadora permaneció rebotando en mi mente hasta que se desvaneció, haciendo daño en cada bote. Entonces recordé que en el bolsillo del anfitrión no había nada más que frío y supuse que el veneno ya había sido derramado, pero ignoraba cuando y sobre qué. Miré varias veces a mi alrededor, buscando sin saber qué buscar. El hombre cuarentón que había sufrido los gritos repelentes de mí mismo se movía con rapidez, mezclando mejunjes en una ponchera de cristal de Bohemia enorme. La bebida en su interior cambiaba de color con cada adición hasta quedar del tono de las uvas moradas. En ese momento reparé en que aún le quedaba un toque más. El licor. El licor que debía verter cuidadoso para no tener que lamer el suelo de la sala de baile. Buscó entre el resto de botellas que había abiertas sobre la mesa y descubrió un frasco rectangular sin etiqueta y con un líquido morado oscuro y de aspecto espeso.

No, no era el veneno. De haberlo sido, aquel hombre hubiese muerto poco a poco, llenándose la piel irritada de pústulas brillantes y grasientas, al darle un trago al

frasco como el que se ofreció. Unos cuantos cocineros se rieron de su acto y le animaron a tomar otro trago.

—Como beba más el que vomitaré seré yo, pero lo haré sobre la cara de ese bastardo.

La cocina estalló en carcajadas en ese mismo instante y, por primera vez, aquel hombre pareció feliz. Tomo aquel trago y vertió el resto en la ponchera, oscureciendo el líquido de su interior. Quise sentir alegría por él, porque se regocijase en las risas de sus compañeros tras un roce como aquel con su joven jefe, pero no fue así. Sentí una rabia incomprensible. En mi mente solo se mostraba la orden de darle una lección, de atravesar con un cuchillo jamonero su cara sonriente o ahogarle en un cazo de agua hirviendo. Lo deseaba de verdad, de la misma manera que un niño un muñeco de acción de precio ofensivo. Y lo iba a hacer. Tenía la intención pura de arrancarle la vida. Camine lento hacia él, conservando la calma y una sonrisa extraña pero complaciente mientras, a cada paso, sentía un placer infrahumano en el estómago.

Pero antes de que cruzase media cocina hasta él, la sensación que describí antes comenzó a atenazarme el cuerpo. Mis pasos parecían andar sobre nubes heladas, mi cuerpo se volvía etéreo, liviano. La vista se me oscurecía y encendía a intervalos, como los intermitentes de un coche, alterando imágenes borrosas. Una voz familiar se movía de un lado a otro en mis oídos. Sonaba como si quien hablase lo hiciese bajo el agua hasta que, por fin, todo aquel coctel de formas sin sentido estalló.

—Como le digo —decía la voz—, estaba sujetando mi copa y mi mujer me dijo, asustada: “*Por Dios, estás sangrando. ¿Qué has hecho?*”. Pues ignoro por completo cómo ha sucedido, lo que puedo asegurarle es que duele como cosa mala.

—No se preocupe —dije yo—, venga por aquí. Le desinfectaré la herida, ya que a saber con qué se ha cortado usted, y la cubriré con una gasa.

—No sabe cómo le agradezco su atención. En serio, he estado escuchando los comentarios de la gente y no cesan las críticas positivas hacia su persona.

Esbocé una sonrisa de orgullo, pero en mi interior reprimí un odio rebosante.

—Lucía, mi mujer, no para de hablar maravillas de usted. Comienza a preocuparme. No me la enamore, haga usted el favor —dijo Marcos, soltando una risa que me atravesó la paciencia como la broca de un taladro.

—Por favor, me ofende usted —contesté, e imité su risa repulsiva.

Ahora mismo logro diferenciar el antes y el después de aquella pérdida de consciencia, pero en aquel momento había olvidado por completo la excursión al bosque, los cinco objetos y que ese hombre herido que me hablaba era mi amigo. Es más, no tenía intención de curarle y a donde nos dirigíamos no era a la enfermería, ni mucho menos.

Era otra persona. Un ser distinto, loco y demoníaco. Conocía su pasado, mi pasado. Por este motivo narraré la historia desde mi nueva perspectiva.

Le guie hasta mi habitación mientras me contaba historietas que no me importaban en absoluto, acrecentando mis ganas de robarle la vida de un disparo seco y contundente. Hablaba de finanzas, carreras de caballos y más cosas aburridas como una misa matinal. Mientras relataba, yo asentía con la cabeza y esbozaba sonrisas inertes, que desnudaban una alegría escondida al ver las puertas de roble. Las abrí de par en par, mostrando orgulloso mi habitación.

—Vaya, magnífica habitación, sí señor —dijo él.

—¿Le gusta? La he decorado yo mismo, como el resto del palacete. Puro entretenimiento —contesté mientras iba al armario que había junto a la cama—. Pero siéntese, hombre, ¿quiere una copa de ron?

—Bueno, no sería educado rechazárselo, ¿verdad?

—Su mujer no está delante, tranquilo —dije, y con la siguiente frase un placer intenso me recorrió el cuerpo—. Nunca lo sabrá.

—Está bien, pero no si usted no me acompaña.

—Por supuesto.

Abrí el armario, cuyo interior estaba repleto de botellas de todos los colores y tamaños. Saqué una botella polvorienta de líquido oxidado y un par de vasos.

Aún no, me dije, *aún no*.

Marcos se había acomodado en el butacón que había frente a la chimenea, que crepitaba furiosa, lanzando chispas que no llegaban a quemar la alfombra. Le tendí su vaso y me senté en el sofá. Me miró durante un instante de hielo y después alargó el brazo para brindar. Su mano ya no sangraba y esperé que se olvidase de la gasa prometida.

—Brindemos —dijo complaciente—. Por un anfitrión como Dios manda.

—Exacto, como Dios manda —respondí, mientras los vasos chocaban produciendo un sonido crispante.

Después su boca vaciló en revelar una duda curiosa que merodeaba en su mente desde que estuvimos en la cocina. Los labios le habían temblado, leves como la caída de las hojas en otoño. Cruzó las piernas, mostrando su nerviosismo, y dijo:

—Oiga —comenzó—, es cierto que...

—¿El qué? Continúe, hombre, continúe.

—¿Es cierto que don Eugenio...?, no se si sabe a quién me refiero. Don Eugenio Carrio, el padre de esa chica tan guapa de la fiesta.

Recordé con satisfacción el odio en su rostro cuando mencioné a su hija en la cocina.

—Por supuesto, ¿qué rumor ha oído?

—Bueno, según he visto, le tiene usted en la cocina. ¿No se llevaban ustedes como el perro y el gato?

—Por eso mismo. Usted no conoce por qué le tengo cogido por los huevos, hablando en plata, pero le resultaría sumamente interesante. Disfruto bastante haciéndole trabajar para mí y gritarle con o sin motivo.

Marcos se echó hacia delante en el asiento, sin apartar la vista de mí, como el niño que escucha un cuento de boca de su abuelo. Sus ojos decían “*Continúe, por Dios*”.

—Me supongo que le interesará saber qué hizo el susodicho —dije, regocijándome al ver su interés brillante.

—Bueno, siendo sincero, sí. Don Eugenio parece un gran hombre y chef, no imagino qué ha podido hacer para tenerle usted a su disposición después de su pelea.

—Pues, ¿se creería usted que ama al hombre tanto como a la mujer?

Su cara se estremeció en una mezcla confusa de asco y sorpresa.

—No me diga que... —dijo, acomodándose de nuevo en el butacón mientras le daba un trago a su vaso—. ¡Santo Dios! ¿Don Eugenio?

—El mismo. Tengo fotos, si usted no lo cree.

—Dios mío... —suspiró mientras se llevaba una mano a la frente, decepcionado y triste—. ¿Andrea, su hija, sabe algo?

—No, por supuesto.

Dejé el vaso sobre la mesita que había frente al sofá y me levante mientras arqueaba las cejas con resignación.

—No es oro todo lo que reluce.

—Y que lo diga —dijo.

Fui hacia el escritorio mientras Marcos resoplaba y murmuraba por lo bajo preguntas con tono incrédulo sobre aquel bastardo. No tenía fotos sobre él, pero el resto era verdad. Le había visto besándose con otro cocinero de una manera tan apasionada como patética. Nunca podré olvidar cómo sus ojos se clavaron en mi sonrisa maliciosa mientras separaban los labios.

—Vaya, vaya —dije, satisfecho—. Eugenio y compañía.

Estaban escondidos en la despensa de la cocina, una semana antes de celebrar la fiesta. La única luz proveniente de una bombilla que pendía de un cable medio pelado les iluminaba el rostro como un delator furioso. Eugenio me miró y la rabia le inundó el cuerpo. El otro hombre, un poco más joven que él, se quedó paralizado un momento y después salió de la despensa tratando de evitar mis ojos.

—Sabes que lo haré —dije.

—Por favor, ni se te ocurra. ¿Puedes imaginar si quiera lo que me harían si se enteran de esto? ¿Y mi mujer? ¿Mi hija?

—Haberlo pensado antes. Aunque no me iré de la lengua si olvidas nuestro pequeño desacuerdo y cocinas en mi fiesta. Pero no pienses que después de eso quedarás libre, maricón. A la gente le encantan los chismes, no necesitaría pruebas para hacerle creer a tu familia tus aficiones.

Eugenio suspiró mientras asentía. Hice un gesto con la mano hacia la puerta y se fue. Cuando estaba a punto de salir de la cocina, se dio la vuelta y dijo, con la voz resbalándole sobre lágrimas:

—Un día se te borrará esa sonrisa. Lo juro por Dios.

—¿Dios? Lárgate —dije, conteniendo la rabia.

Abrí el cajón del escritorio, apartando los papeles que lo anegaban y saqué un revólver que había cargado antes de que comenzara la fiesta. Sabía que en algún momento tendría que utilizarlo. No todos beberían del ponche.

—En fin —dijo Marcos al otro lado de la habitación—, no me lo puedo creer. Por cierto, no hace falta que me cure la herida, ha parado de sangrar hace un rato, pero le he manchado un poco el vaso.

Sostuve el arma en mis manos, mirando su brillo plateado y mortífero.

—No se preocupe —dije mientras avancé hacia él con las manos cruzadas a la espalda, escondiendo el arma—. Acábese el trago, entonces. Bajaremos a la sala de baile, tengo unas palabras que añadir. Espero oír su aplauso si me concede el honor.

Bebió el resto del vaso y le posó junto al mío en la mesita. Después se levantó y me tendió la mano para estrecharla con la mía.

—Eso está hecho. Y tranquilo, su secreto sobre Eugenio es solo suyo. Digamos que... yo nunca he estado aquí —dijo, sonriendo amistoso.

Le estreché la mano con fuerza, aprisionándola. Descubrí el revolver con la otra y se lo apreté en la frente.

—Exacto —dije, antes de que pudiese reaccionar—. Nunca ha estado aquí.

Apreté el gatillo y la detonación hizo temblar su alma. Su sonrisa se quebró y cayó hacia atrás con un profundo agujero en la frente. El suelo tembló con un sonido hueco. Bajé el revólver, con el cañón humeando odio, y lo guardé en el bolsillo. Después salí de la habitación y cerré las robustas puertas abandonando el cadáver.

Tenía el ideal claro: ir hasta la sala de baile, pronunciar las últimas palabras y dejar que la muerte hiciera el resto. Pero mientras caminaba escaleras abajo, notando el calor del tambor aun en mi chaqueta, una mujer me paró de golpe con el

rostro destrozado de preocupación. Era Lucía, la viuda de quien manchaba de sangre mi alfombra.

—¿Está usted aquí! Oiga, ¿dónde está mi marido? Hace más de diez minutos que no le veo y estoy empezando a preocuparme —dijo. Sus manos temblaban—. Además, he oído un disparo. —Me miró con miedo y añadió—: ¿Lo ha oído? ¿Qué ha pasado?

—Su marido está en mi habitación, le he dejado allí mientras iba a buscar una gasa para curar su herida —mentí—. En cuanto al disparo... he de decir que le prometí no contárselo a usted.

—¡Hable, por Dios!

—Me contó que le aficionan las armas y le enseñé una Colt que tengo para defensa propia en mi escritorio. Le ofrecí disparar por la ventana para enseñarle la potencia de la que goza.

Bajó la mirada y la cogí del brazo para llevarla a ver a su marido. Oía su respiración agitada, anegada de suspiros de alivio y preocupación enrevesados. Sabía que mi excusa era demasiado endeble como para que se la creyese mucho tiempo. Por suerte, ella tampoco tenía el suficiente. Nos detuvimos frente al espejo que reflejaban las puertas y me miró mientras se soltaba de mi brazo.

—Puedo andar sola —dijo con aspereza.

—Perdone.

—¿Tiene un arma? ¿Para qué necesita un arma un hombre que vive solo en medio de un bosque como éste?

Saqué el revolver de nuevo, sintiendo una agitación interior como un terremoto espectral. Ella reaccionó más rápido que Marcos: abrió los ojos por completo y su rostro se volvió ceroso y cenizo. La agarré del brazo con más fuerza que antes y ella dejó escapar un quejido similar a un animal.

—¡Suéltame, por favor! —dijo sollozando—. ¡Yo no te he hecho nada, por favor!

Retorcí su brazo hasta hacerla doblarse por la mitad y clavé el cañón en su frente al igual que a su marido.

—Para esto —dije, y el revolver volvió a detonar.

Llevé el cuerpo junto con el de Marcos. Más tarde me ocuparía de ellos.

Cuando la vida fuese un recuerdo.

Bebed y morid

—Señoras y señores —dije alzando la voz en medio del tumulto, con la ponchera a mi espalda—. Son ya las doce, la noche está en su clímax. Quisiera saber si todo está como gustan. De ser así aplaudan, de lo contrario, abuchéenme.

Palmadas y risas de aprobación tronaron en la sala, engullendo la música del dueto. Sonreí y me llevé las manos a los bolsillos.

—Gracias, muchas gracias a todos. Les tengo preparado a ustedes una sorpresa: a la una en punto de esta noche estallaran unos pequeños fuegos artificiales que derrumbaran el cielo con su brillo. Espero que asistan sin dudar. Me emociona sobremanera que hayan asistido tantos conocidos y amigos, y brindo —llené una copa con el ponche que había tras de mí y la elevé— porque el recuerdo de esta noche perdure para siempre.

Regresaron los aplausos, agradecimientos, sonrisas y vítores varios mientras yo avanzaba hasta la salida para retirarme a mi habitación. La semilla ya estaba plantada, solo debía esperar a que germinase su planta muerta. Había ordenado colocar la ponchera junto a los aperitivos, de forma que nadie pudiese mirar a mi espalda. Tenía escondido el frasco entre la camisa y la chaqueta, sujetado estratégico con un hilo a los gemelos. De esa forma, al coger un vaso y verter un poco de ponche, el contenido del recipiente cayó en el resto de la bebida, manchándola de rabia venenosa.

Los cadáveres parecía observarme pidiendo venganza mientras estaba sentado a mi escritorio con una hoja en blanco delante y una pluma en la mano. Mojé ésta en el tintero y comencé a escribir con soltura y rapidez:

Noche de muertos.

Tengo el dolor incomprensible aún latente, pidiéndome a gritos segarles la vida a quienes perturban mi casa. No quiero que mi diario se convierta en una terrorífica historia del calibre del señor Poe, pero he de obligarme a escribir, a confesar por qué. Por qué obligo a morir a mis amigos y conocidos. Ella me lo pide, mi cabeza. Me obliga con mil voces distintas que no sé identificar. Siempre dice el mismo mensaje. Desde que me mudé aquí comenzó y no cesa, no cesa, no cesa, no cesa. Dirigió mis pasos a este lugar. Y no cesa.

Un golpe frío me sacudió el pensamiento y la furia me dominó la mano que escribía.

Escalofriante danza la noche tras ventanales de esta casa, fría e indolora. Ellos también danzan ilusos, mortales debidos al perecer que les acontecerá. Coordinados mantienen sus cuerpos de carne y hueso, de alma hueca. La música que entonces oyen será, pues, el último sonido lastimero que esta vida les ofrezca. Bailad y morid. Reíd y morid.

Bebed y morid.

Me levanté y lancé la pluma contra el suelo. Marcos y Lucía me observaban pacientes, esperando una disculpa. A través de la ventana podía verse el mar de coches de tonos negros. Alguien se movía entre ellos. No alcanzaba a distinguir su rostro. Solo veía moverse un vestido rosa como un fantasma bajo la noche. Saqué el revolver del bolsillo y me dirigí al recibidor.

Había sangre resbalando en el espejo, goteando en la moqueta al llegar al borde. Lo miré con indiferencia y puse el arma tras la espalda mientras me deshacía del frasco de veneno estrellándolo contra la pared. Aun era pronto para recoger lo sembrado. Pasé delante de las puertas del baile y me regocijé al ver que, poco a poco, todos probaban la mezcla de muerte. Después las cerré con llave y continué mi camino.

En la cocina la tensión había descendido notable, carente de mi látigo. Ya no se oían el chocar de los metales o el sonido de los platos. Todos los chefs y camareros estaban allí, en un corrillo al fondo, charlando en voz baja. Algunos con cigarros y otros con copas de licor. No estaban desafiándome: al comenzar la fiesta les había comunicado que llegadas las doce de la noche, podrían dejar de trabajar y hacer lo que les plazca salvo entrar en la sala de baile.

Eugenio estaba calando su cigarro cuando clavó la mirada en mí, atravesó el corrillo sin mediar palabra y se acercó. No había rabia ni odio, ni siquiera irritación en sus pupilas. Solo miedo. Un miedo que desconocía mis intenciones.

—¿Has visto a Andrea? —dijo como si nunca le hubiera visto bajo la luz de aquella bombilla—. No está en el baile.

Manoseé el revolver a mi espalda.

—¿Has entrado? —dije elevando la voz. El resto de los empleados me miraron de sobresalto—. Os dejé muy claro que no podíais entrar. Pero claro, tú... eres diferente, ¿verdad?

Calló un instante. El sudor le perlaba el rostro ceroso y envejecido por la tensión.

—No he entrado. Su novio me ha dicho que desapareció tan pronto fue a buscarla una bebida sin alcohol. —Dudó en decir las siguientes palabras, pero no tenía más remedio—: ¿Puedes ayudarme a buscarla?

Mostré mi sonrisa desnuda llena de malicia.

—De acuerdo. Está en el aparcamiento, merodeando entre los coches —Eugenio abrió los ojos como un gato—. La he visto desde mi habitación.

Andrea estaba en el comienzo del sendero del bosque. Había empezado a llover y el agua había encharcado la tierra que nos separaba. Parecía una figura escapada de un cuento fantástico: una ninfa que huía en busca del cobijo de las hojas. Tan pronto como la vio, Eugenio corrió bajo la lluvia, haciendo saltar el barro que manchaba sus pies.

—¡Andrea, Andrea! —gritó en la noche.

Ella se volvió. Estaba temblando de frío pero no se atrevía a moverse. Entonces abrió la boca, a punto de gritar, pero su aviso llegó tarde. Un tercer disparó golpeó la noche como un tambor en el cielo. La espalda de Eugenio se quebró en sangre y éste cayó al suelo.

—¡Papá! —chilló Andrea, desgarrando sus pulmones—. ¡Papá!

Sin bajar el arma, atrasé el percutor y la apunté a la cabeza. Tenía la puntería suficiente como para acertar un tiro como ese. La bala reventaría su cabeza y la sangre mancharía su seda rosada. Pero no fue así. Andrea se escabulló entre los árboles hasta desaparecer mientras una bala rompía la corteza de un tronco cercano.

No puede huir, pensé, no puede escapar. La dejaría para el final, como guinda de la masacre. Tenía que volver para asegurarme que la siembra florecía con soltura. Guardé el revolver y entré con esa esperanza.

Cuando pasé de nuevo ante la cocina, el cocinero joven al que escupí palabras ácidas se me acercó. El aliento le olía a tabaco y alcohol.

—Oiga, no quiero entrometerme en asuntos ajenos, pero...

—Pues no lo hagas —dije cortante—. Te apesta la boca. Si vas a hurgar en algo que no te incumbe, mejor que lo hagas sin parecer un cerdo.

Me volví y me dispuse a seguir mis intenciones, pero una mano me detuvo. La suya. Una mano que seguro había estado manoseando el culo de su amante muerto, lasciva y lujuriosa.

—Perdone, señor —dijo, como si nada—. Pero en el baile está pasando algo. La música ha dejado de sonar y se oyen ruidos raros.

—Quítame la mano de encima, soplapollas —dije, y me di la vuelta—. Nunca mejor dicho, ¿verdad?

El corrillo se había vuelto hacia nosotros y nos miraba con expectación. Entonces uno de los cocineros, de aspecto treintañero y con un cigarrillo colgando de su labio inferior, se acercó, le rodeó los hombros con el brazo y le hizo volver con los demás. Entonces me dirigí a todos ellos desde la entrada de la cocina.

—Os lo voy a repetir una vez más. No quiero que nadie entre en esa sala. ¡¿Me habéis oído?! Nadie. Es más, podéis largaros si queréis —pensé mis palabras de nuevo y rectifiqué—: Mejor dicho: vuestro trabajo ha terminado. Largaos de mi casa.

Pares y pares de ojos me observaron de arriba abajo, con una perplejidad exuberante. Después se quitaron los delantales, cogieron los gorros de cocina y el resto de sus pertenencias que había guardadas en un armario gris en una esquina y fueron saliendo, uno tras otro, como un desfile militar.

La cocina quedó vacía en cuestión de pocos minutos. Después me dirigí a la sala de baile. El resto del palacete suspiraba una soledad hueca.

Era cierto que la música se había evaporado y se oían ruidos, quejidos e incluso palabras incomprensibles. Abrí las puertas de manera lenta, disfrutando de la imagen que iba mostrándose poco a poco. Cuerpos, de hombres y mujeres, esparcidos por los suelos o tambaleándose a punto de caer, cubiertos de ronchas y pústulas amarillentas y brillantes que cubrían sus pieles reseca. Había vómito manchando el mármol, de un color morado espeso como el chocolate caliente. Pero había algo que no había previsto, aunque tenía fácil solución: los músicos no habían tenido tiempo de beber e iban de un lado a otro, de cuerpo en cuerpo, tratando de arrancar de la muerte aquellas almas envenenadas. Uno de ellos se me acercó corriendo. Tendría unos sesenta años y el cabello cenizo.

—¡Santo Dios! Llame a la ambulancia. ¡No sabemos qué ha pasado! —su voz anciana se quebraba por momentos—. ¡No se quede ahí parado, por Dios! ¡Haga algo!

El otro músico nos observaba mientras asimilaba que allí no había más vida que la de nosotros tres. Era treinta años más joven. Tras el último quejido de una mujer al fondo de la sala, se detuvo y nos miró con más atención. El anciano me agarró de los hombros, y sus ojos se volvieron comprensivos, como si en vez de un desconocido ese hombre fuese mi padre. Mi mano se movió ágil.

—Es duro, pero, por Dios, muévase, vaya al teléfono más cercano y llame a los servicios médi...

El sonido rebotó en las paredes de la sala. El repique de las gotas en la cúpula de cristal quedó absorbido, invisible por el estruendo del golpe del percutor contra la bala que atravesó su estómago. El hombre abrió la boca hasta desencajar la mandíbula. Di dos pasos hacia atrás y cayó de rodillas con las manos apretándose la herida.

Dejé que se desangrase mientras preparaba el revolver para perforar otra vida. El último músico se encrespó como un animal bajo el rifle de un cazador, sujeto a dos opciones: atacarme o rendirse. Mientras decidía, yo avanzaba con el arma en alza, esperando que se moviese para que aquella penúltima muerte fuese más entretenida. Poco a poco, mi revolver se convirtió en una batuta y él en el instrumento que seguía los movimientos que yo trazaba.

—¿Qué haces? —dijo con la voz temblando—. ¿Qué he hecho yo? Déjame ir, te lo suplico. —Le acorralé, con la ponchera a su espalda. Tenía la muerte acechándole por ambos lados—. ¿Por qué lo has hecho? —señaló el cuerpo de su compañero ensangrentado—. ¿Por qué le has matado?

Atrasé el percutor sin contestar a sus preguntas. El animal por fin decidió y trató de atacarme. Estábamos separados por medio metro cuando me golpeó la mano e hizo que el revolver se me escapara, cayendo lejos de ambos. La última bala que había en este se disparó al chocar contra el suelo. Me limité a sonreír y esperar su siguiente movimiento. Un puñetazo voló directo a mi cara. Lo esquive con soltura y me lancé hacia su cuello como una bestia endemoniada. Tenía las pupilas dilatadas, haciendo que aquellos pozos de rabia se clavaran en mí. Le giré la cabeza y, aprovechando que la ponchera estaba a escasos centímetros de él, la hundí en el ponche envenenado. Sería una muerte horrorosa. Intentó zafarse varias veces pero apreté su rostro contra el fondo de cristal y, al cabo de medio minuto, dejó de moverse. Para siempre.

Medio cráneo

Cuando solté el cadáver, la ponchera se volcó y toda la bebida se derramó a mis pies como un río desbordado. El cristal estalló en pedazos incontables contra el suelo. El único sonido que aún vivía era el de la lluvia. Miré a mi alrededor, aún tenso por el forcejeo de aquel hombre, y observé. Numerosos cuerpos sin alma yacían desperdigados por toda la sala. Tenía sudor en la frente, la respiración agitada y, después de todo, aún la mente enferma.

Escóndelos, pensé, ocúltalos del mundo.

Durante media hora estuve arrastrando cuerpos hasta la despensa de la cocina, apilándolos como si fueran sacos de harina, uno encima de otro. Todos parecían mirarme y preguntarme “¿Por qué? Éramos amigos, éramos conocidos, ¿verdad?” Yo rehuía sus miradas, diciéndole a cada uno:

—Solo quiero que cese. Que cese, que cese... —repitiendo lo mismo hasta que las palabras desaparecían en mi boca.

El suelo de la cocina se manchaba de la sangre de los pocos que habían tenido la suerte de morir por mi revólver. Recogí a Eugenio, que yacía mojado y embarrado entre los coches; a Marcos y a Lucía, con sendos agujeros en la frente; y al viejo músico, que había muerto con la mirada perdida. Cuando salí para buscar al padre de Andrea, ella parecía haber desaparecido sin regreso. Pero me había resignado. La voz de los cadáveres caía sobre mí como granizo.

Solo ocultaba los cadáveres en la despensa. Al acabar, cerré la puerta con firmeza, esperando que jamás volviera a ser abierta. Después me dirigí al recibidor.

Todo se mostraba gris. El palacete estaba enfermo, cenizo. Había perdido sus colores dorados y parecía envejecer a una velocidad vertiginosa, como mi corazón. Subí las escaleras que llevaban al carillón de plata que dominaba la estancia principal. Marcaba la una menos cuarto y avanzaba impasible. Lo miré con desprecio y subí por una de las escaleras que había a cada uno de sus lados.

Los engranajes del reloj de la torre tronaban con más fuerza con cada escalón que dejaba atrás. Cuando salí al pequeño balcón de piedra que se abría de una ventana sobre el reloj, el sonido se había vuelto una marcha fúnebre que no paraba de sonar. No callaba. No cesaba, al fin y al cabo. Me senté en el borde del balcón, sintiendo el frío de la noche en mi rostro y observé.

Un bosque extenso y mojado descansaba con tranquilidad. Al fondo, el brillo de la ciudad alumbraba el cielo con timidez. Pero eso no fue lo que atrajo mi atención de pronto. Del principio del sendero apareció una muchacha con un traje de gala rosado, que miraba hacia todos los lados esperando a que alguien la volviese a disparar. Cuando se hubo confiado, avanzó entre los coches, alzó la vista y vio a un hombre sentado en el borde de la torre, pensativo.

Pude oír un pequeño grito de asombro. Había llegado el momento. El momento en que Andrea y yo nos volveríamos a ver desde una perspectiva diferente.

Hazla cesar.

El viento acelerado me rasgaba el rostro mientras caía desde lo alto de la torre. Oí otro grito, desesperado en esta ocasión, al final del camino. Y, justo antes de llegar al suelo, la voz rio con fuerza. Después cesó.

Todo murió al sonar la una de la madrugada.

Supongo que mi historia es inquietante. Y más cuando proviene de la voz de un muerto. No te asustes, pronto despertarás y solo recordarás este relato como un sueño extraño y horrible. Habrás reparado en que en ningún momento he mencionado mi nombre. Las almas en pena no tienen nombre, solo odio, recuerdos. Y un objetivo. Yo seguí la voz del anfitrión para ocupar su lugar y librarle de la condena. Ahora me toca a mí. El día anterior al miedo te espera. No conoces el camino, pero tranquilo, cuando estés en el bosque, yo te guiaré.